AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

18

GRECIA



LAS CIUDADES DE JONIA Y EL PELOPONESO EN EL PERIODO ARCAICO



Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*



GRECIA

Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

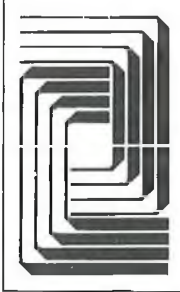
Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito legal: M. 32.883-1988
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-293-9 (Tomo I)
Impreso en GREFOL, S. A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain.

LAS CIUDADES DE JONIA Y DEL PELOPONESO EN EL PERIODO ARCAICO

J. J. Sayas



Indice

I. Desarrollo de las pólis en la época arcaica

En la Historia de Grecia, la Epoca Clásica fascina sobremanera. Ella aportó los frutos más sazonados, pero también los mejor conocidos. Mas fue durante la Epoca Arcaica cuando se produjeron las innovaciones más decisivas, aunque su conocimiento resulte menos completo. Son escasas las fuentes literarias contemporáneas y sólo se retrotraen a la segunda mitad del siglo VII a. J. C.

La Arqueología presta una ayuda indispensable para la época en cuestión, pero no se le puede forzar a decir más de lo que su propio método arqueológico establece.

Entre las novedades que se producen durante la Epoca Arcaica de la Historia de Grecia destacan tres: el desarrollo de la *polis*, la colonización griega como fenómeno planificado y dirigido y la aparición de las tiranías.

1. Los comienzos de la pólis griega

«Es evidente que la *pólis* es una realidad natural y que está antes que el individuo, porque, si el individuo no puede subsistir aislado, es como cualquier parte frente a su todo. El que no es capaz de vivir en comunidad o es tan autosuficiente que no la necesita, no forma parte de la *pólis* y tiene que ser o un monstruo o un dios» (Aristóteles, *Política,* 1253 a). Aristóteles, desde la perspectiva contemplativa en la que la *pólis* ha dado sus frutos más sazonados, puede valorar la tendencia natural del hombre a vivir en comunidad y a relacionarse con sus semejantes en un marco institucional. Pero este marco institucional y la base material que lo sustenta había tenido en Grecia una gestación anterior.

La caída de la civilización micénica supuso en lo económico y en el aspecto de la dirección política una verdadera catástrofe. Se trataba de una civilización elevada, que se apoyaba en unos circuitos comerciales amplios y en una organización social políticamente cohesionada. Unos y otra disminuyeron o se apagaron con la caída.

Pero tras la penumbra de la ca-



Estatua femenina del·Heraion de Samos
(Mediados del siglo VI a.C.)
Pergamonmuseum, Berlín

tástrofe se abría un nuevo horizonte con nuevas posibilidades respecto de las cuales no todas las tierras habitadas por las estirpes griegas se encontraban en el mismo punto de partida.

La franja costera de Asia Menor e islas adyacentes era una zona periférica y peculiar. Ya con anterioridad en diversos lugares de la misma se encontraron objetos de fabricación micénica. La valoración de este hecho varía entre considerarlo como un mero exponente de relaciones y expansión comerciales o, por el contrario, pensar que testimonian la instalación y presencia continuada de gentes micénicas, como pretende Cassola. Y sobre esta cuestión controvertida inciden también las alusiones de los documentos históricos egipcios e hititas con relación a unos *Ekwesh* interpretados hipotéticamente como aqueos, y las referentes a unos príncipes de *Ahhiyawa,* cuyo nombre quizá podría encubrir —es también una opinión hipotética— a unos aqueos cuya posible localización geográfica concreta es un tema discutido.

Si se procede con un criterio restrictivo, de unas alusiones históricas tan imprecisas y de la simple presencia de cerámica micénica no tiene por qué deducirse necesariamente la exigencia de una implantación poblacional griega permanente durante la época micénica. De lo que no hay duda es de que todo esto manifiesta, con carácter innegable, que hubo relaciones y contactos comerciales.

Si se juega con la posibilidad de que sólo hubiese contactos comerciales y no presencia permanente o si ésta fue muy restringida habría que concluir que el caos subsiguiente a la caída de los reinos micénicos había afectado de una manera muy limitada a las costas de Asia Menor. Plantear la cuestión en términos más seguros requeriría una mayor información y una mayor evidencia arqueológica.

Con todo, no pueden obviarse las

preguntas respecto a los momentos en los que comenzó la emigración griega a las costas de Asia Menor y respecto a cuántos asentamientos se establecieron. Para una respuesta en este sentido, los hallazgos arqueológicos realizados hasta la fecha constituyen el hilo conductor. Ciertamente que nuevas excavaciones en nuevos lugares pueden producir nuevos hallazgos, y esto hace que las respuestas tengan un carácter de provisionalidad. Lo cierto es que cerámica pintada protogeométrica se ha encontrado, en cantidad, en las excavaciones de Mileto y de Esmirna. Se registra también en Clazomenas, en Focea y en otros lugares de la costa.

Si la aparición de cerámica de carácter protogeométrico se acepta ya, al menos para esos momentos, como un indicio arqueológico de asentamiento de emigrados, la dispersión geográfica de los hallazgos hace suponer una ocupación territorial extensa de los nuevos emigrados; ocupación que en varios casos parece tener lugar, al menos a partir del 1000 a.J.C.

Esta cerámica protogeométrica ha salido a la luz en algunos lugares ocupados por las doce ciudades que constituirán posteriormente la denominada Jonia, es decir, aquellas ciudades que posiblemente ya en la Epoca Arcaica gozaban de status panjónico. Pero, además, resulta que cerámica protogeométrica se ha encontrado también en otros lugares de asentamiento, pequeñas ciudades o aldeas que no alcanzaron dicho status y que debieron ser absorbidas por sus vecinas más poderosas en los momentos en los que se constituyó la Liga Jónica. Esto hace suponer que inicialmente el número de asentamientos fuese mayor de lo que posteriormente sugieren las fuentes literarias.

Dichos asentamientos, a lo que parece, tuvieron lugar durante la «Edad Oscura» y se realizaron en un marco geográfico bastante distinto del griego y rodeados de pueblos étnicamente diferentes. Por lo tanto, su posición de arranque era distinta y difería de la que estaban atravesando los territorios griegos de donde procedían.

Los centros griegos de Asia Menor vieron interrumpidas mínimamente las relaciones comerciales y culturales con el mundo minorasiático. Su misma implantación en un contorno geográfico y humano distinto del griego les proporcionaba las condiciones propicias para madurar, en fechas tempranas, un desarrollo comunitario que conducía hacia la *pólis* griega. La *pólis,* denominada no con total precisión ciudad-estado, era una pequeña comunidad independiente y autónoma constituida en lo material, generalmente, por un centro urbano y la campiña adyacente. En este marco se desarrollará el conjunto de instituciones dentro del cual el ciudadano alcanzará el control de la mayor parte de los asuntos de la ciudad.

Los grupos de invasores griegos y los nuevos asentados formaron comunidades pequeñas en los lugares y zonas en las que se habían establecido. La inseguridad inicial, junto con las necesidades de defensa, les hace elegir sitios elevados y estrechar los lazos de cooperación. El sentimiento de comunidad de origen, reforzado por costumbres religiosas comunes, hace que ese número limitado de habitantes de un lugar vaya tomando conciencia de grupo concreto y participe progresivamente en la administración de los asuntos públicos.

No resultaría, por tanto, improcedente preguntarse sobre las causas y circunstancias que concurrieron en el origen y desarrollo de la *pólis.* Que no sea improcedente no quiere decir que resulte fácil emitir una respuesta. El nacimiento de la *pólis* presenta sus dosis de opacidad y resulta difícil seguir su lento caminar desde la «Edad Oscura» a la Epoca Arcaica. Y esto porque: a) inicialmente la *pólis* no es un fenómeno generalizado a todo el mundo griego ni va cristalizando en él

al mismo ritmo y de la misma manera; b) la información que ofrece la Arqueología tiene una validez limitada, que se concreta en el aspecto urbanístico y no en el político-institucional; c) los testimonios literarios contemporáneos del desarrollo de la *pólis* son exiguos y poco explícitos.

La urbanización en Grecia tiene un lento desarrollo, salvo en Asia Menor. A mediados del siglo IX la ciudad de Esmirna fue amurallada, para ser remodelada un siglo más tarde. En el espacio que cerraban las murallas había unas cuatrocientas viviendas de adobes con cimientos de piedra. Era el soporte material de la comunidad.

La ciudad, en sus características materiales generales, no ha debido de diferir mucho del centro urbano descrito por Nausícaa en la *Odisea* (VI, 262 ss.): «Y, cuando íbamos a entrar en la ciudad, que rodea una elevada muralla —hay un buen puerto por cada lado de la ciudad, cuya entrada es estrecha y las cóncavas naves dan guarnición al camino, porque cada hombre tiene allí un amarradero—. Y tenían allí también un ágora cerca del hermoso templo de Poseidón, provista de grandes piedras profundamente hincadas en el suelo».

En este sentido los datos arqueológicos son una muestra indicativa del grado de planificación urbana conseguido por algunos asentamientos griegos, pero nada más. El desarrollo urbano no garantiza ni significa necesariamente la existencia de una comunidad «ciudadana» y mucho menos «política». Esparta era un estado poderoso, sin necesidad de un desarrollo urbanístico.

En los *poemas homéricos* y en los de Hesíodo, que son las fuentes literarias que más pueden retrotraerse en el tiempo, se aprecian ciertas tenues características que llevan a pensar que ya se dan algunos rasgos esenciales de la *pólis*. Para Homero (*Odisea*, IX, 112-115), los Cíclopes son seres incivilizados, que «no tienen asambleas deliberativas, ni leyes *(thémistes)*, sino que moran en las cimas de los montes elevados, en cavernas hondas, y cada uno aplica sus criterios a sus hijos y mujeres y no hace caso de los demás».

Pero el testimonio de Homero es poco explícito y aclara poco el papel de la *pólis*. Y, por lo que hace a la Beocia del 700 a. C., que es sobre la que informa Hesíodo, lo que puede detectarse dentro de esta región es que, como opinan M. Austin y P. Vidal-Naquet, «la unificación entre la ciudad y el campo, que es una de las características de la ciudad arcaica y clásica, no se ha producido todavía».

No disponiendo de información fehaciente contemporánea del conocimiento de los orígenes de la *pólis*, lo destilamos primordialmente a partir del proceso del desarrollo de la *pólis* ya acabado, con los no pocos riesgos que se corren cuando se traslada a los orígenes, aunque sea en estado embrionario, algo cuyo conocimiento más claro corresponde a momentos posteriores. Lo cual no quiere decir que en la época inicial arcaica no se detecten sólidos atisbos que apuntan a la nueva realidad de la *polis*, ya que ésta es resultado de un proceso evolutivo.

En definitiva, buscar respuestas claras y concretas a las preguntas de cuándo y cómo surgieron las *polis* no conduce a nada sustancial. Baste con saber que en la Epoca Arcaica la *pólis* estaba constituida en sus aspectos materiales y humanos, y que ésta la integraban, según los casos, un grupo más amplio o restringido de «ciudadanos».

Hemos señalado que el proceso de nacimiento de la *pólis* tuvo una cierta generalización, aunque su ritmo de aparición temporal no fue el mismo en los distintos lugares de arraigo. Resulta, por tanto, inadecuado plantear la cuestión de la zona en la que pudo nacer por vez primera la *pólis* y, subsidiariamente, si esa zona sirvió de término de referencia y de



Fragmento de una crátera orientalizante
(Siglo VII)
Museo Nacional de Palermo

influencia para otras zonas griegas. Con todo, son variadas las opiniones modernas, replanteadas de nuevo por A. J. Toynbee, que insisten en conceder a los griegos de Asia Menor la prioridad en la creación de la *pólis*. Se trata de opiniones que tuvieron cierta aceptación. En este sentido no parece que sea apropiado como causa impulsora del surgimiento de la ciudad la necesidad de defensa que pudieron sentir los griegos ante los nativos de Asia Menor, porque esa situación, en esencia, no debería haber sido muy diferente de la sentida por los posibles asentamientos anteriores, y ello no originó la aparición de la *pólis,* tal y como la estamos considerando. Pero a aquellos que identifican equivocadamente el fenómeno del urbanismo con el surgimiento de la *pólis* no les pasaba desapercibido que en el Próximo Oriente el urbanismo contaba desde antiguo con una larga tradición. Se pensaba que la proximidad geográfica a tales ciudades colocaba a los griegos de Asia Menor en una situación más propicia para la recepción de las influencias urbanísticas y alcanzar de esa manera la prioridad. En este sentido, y como aporte a la suposición del origen de la *pólis* en Asia Menor, se ofrecía la hipótesis de que el nombre *pólis* guardaba relación con el topónimo licio *Pttara,* utilizado para designar «ciudad». Se pensaba que, dada la proximidad geográfica y la semejanza de los nombres, fuese en la Jonia donde se utilizase por vez primera el término *pólis*. Pero lo cierto es que entre las *tablillas micénicas* del Lineal B se encuentra testimoniado *p(t)oi,* relacionado con *p(t)olemos* y con *pólis*. No se hace, por tanto, precisa una conexión con una palabra extraña al propio griego. Lo que ocurre es que, como hemos señalado, la identificación de desarrollo urbanístico y *pólis* no es totalmente adecuada, desde el momento en que la *pólis* se valora más que como una forma específica de poblamiento urbano, como un fenómeno que aglutina un conjunto de instituciones, de valores y relaciones de una comunidad «ciudadana» o «política».

2. Los marcos socioinstitucionales

Los griegos que se fueron asentando en lugares concretos crearon formas de convivencia a las que no fueron ajenas las organizaciones de carácter «étnico», «tribal» y «gentilicio». Quiere esto decir que la fragmentación de grupos más reducidos que se fueron asentando independientemente sobre porciones geográficas más restringidas y concretas conllevaba unidades sociales como el *oikos*, el *genos*, las *phratriai* y las *phylai*. Y tales formas organizativas eran unidades preexistentes que las *poleis* arcaicas integrarán en su marco organizativo.

Tras la sedentarización de los pueblos griegos la forma básica de organización la constituía la unidad familiar *(oikos)*, que en los poemas homéricos tiene dos maneras de contemplarse, bien sea en términos de componentes humanos, que comprendía a la familia del jefe, a las personas libres y no libres que integran esa unidad nuclear, bien sea en términos de complemento económico necesario para la subsistencia de la misma.

Otra institución social con lazos gentilicios agrupaba a varias familias: el *genos*. Era una unidad de parentesco existente en el pasado y a partir de la cual debieron de salir poco a poco las familias *(oikoi)* que se remontaban a un antepasado común y a unos cultos comunes.

Pero había otra organización gentilicia, bastante lasa, de gran antigüedad, que agrupaba a varios *gene:* la fratría. Parece que antes de su migración a Asia Menor, los Jonios, excepto los de Efeso y Colofón, conocían y habían desarrollado esta forma de organización, como se deduce de la celebración de la fiesta de las Apaturias. Con esta fiesta las ciudades de la Jonia, y también Atenas, conmemoraban las antiguas formas de asociación gentilicia. En época homérica quien no pertenecía a una fratría era un *aphretor*, un «sin fratría», como también lo es el que se ha visto excluido de ella. Esto tiene sus repercusiones jurídico-económicas. El *aphretor* se ve «privado de la justicia y del hogar» *(Ilíada,* IX, 63). Era, en definitiva, un marginado, como en opinión de A. Andrewes (1961) lo eran todos aquellos que no han logrado formar parte de esa asociación. El mantenimiento de la misma institución entre los atenienses y los jonios es, entre otros, un indicio de un origen común.

De acuerdo con el testimonio de Homero *(Ilíada,* II, 362), las fratrías se agrupaban generalmente en *phylai* (tribus). Estas, bien sean organismos anteriores al estado, como parece más razonable, bien hayan nacido en función de éste como grupo gentilicio o como nuevo marco asociativo de confluencia de unidades inferiores, asumió en la *pólis* un significado político que rebasaba el marco de las fratrías.

Las cuatro tribus jonias de los *Geléontes, Hópletes, Egicoreis* y de los *Argadeis* guardan relación con las cuatro tribus áticas. Esto hace pensar que las tribus detectadas en las ciudades de Asia Menor tengan una procedencia continental y que su introducción en la Jonia ocurriese en los momentos de los primeros asentamientos.

Pero no todas las ciudades jonias mantuvieron con rigidez este esquema de cuatro tribus. Hubo ciudades que por motivos de diversa índole, y sobre todo porque quizá confluyeron en ella elementos nuevos, habilitaron dentro del marco de la ciudad tribus nuevas, como la de los *Boreis* y *Oinopes*.

En resumen, los griegos tuvieron que adaptar a la nueva realidad de la *pólis* las antiguas formas de asociación preexistente y las derivadas de las diversas realidades concretas de cada lugar. Las antiguas formas de asociación perdieron vigencia en algunos aspectos, mientras que en otros

se adaptaron a las nuevas exigencias. Así, la fratría, que había agrupado varios *gene* locales, pasará a ser dentro de la *pólis* la institución a través de la cual se canalizaba el acceso a la ciudadanía. Ante ella, en la fiesta anual de las Apaturias, inscribían los padres los hijos habidos en ese año.



Terraza de los Leones de Delos (Detalle) (Siglo VII a.C.)

3. La pólis aristocrática

Inicialmente, las ciudades parece que estuvieron gobernadas por reyes que asumían las diversas funciones, excepto las relacionadas con la venganza por crímenes de sangre, que eran cometido de los *gene*. El rey ofrecía los sacrificios públicos a los dioses, conducía el ejército, entendía en las disputas y gobernaba la ciudad.

La base de su poder tenía un componente material, consistente en un rico patrimonio, y otro moral y mítico, alimentado por la creencia de un origen que lo vinculaba a algún personaje mítico.

Pero, además de médicos, aedos, adivinos, artesanos, trabajadores agrícolas y pequeños propietarios, la ciudad administrada por el rey *(basiléus)* cuenta con un grupo de nobles terratenientes, cuyo peso específico en la conducción de la ciudad se manifiesta en el Consejo real, constituido por los jefes de las familias nobiliarias.

La existencia de este Consejo supone una limitación del poder real. En la *Odisea* se aprecia ya, sin tanta oscuridad, el papel de contrapeso que los aristócratas desempeñaban respecto de la institución monárquica. La progresión en esta tendencia conduce, sin traumas, al desplazamiento del poder de la monarquía en favor de la aristocracia.

La realeza continúa como institución en áreas griegas periféricas y relegadas, o en sistemas políticos poco evolucionados. En algunas de las ciudades que han experimentado esta evolución, el título de rey *(basiléus)* subsiste como sacerdocio (Mileto entre otras), o como una magistratura: así en Argos, Corinto, Atenas.

Apagados sin grandes tensiones los poderes de los antiguos reyes y del gobierno que representaban, el poder fue controlado por un pequeño número de familias aristocráticas. En una sociedad cuya actividad económica

primordial era la agrícola, estas familias aristocráticas tenían en propiedad no sólo la mayor parte de la tierra, sino también la más fértil.

La tendencia de algunas personas del *demos* fue relacionarse y vincularse con esas familias aristocráticas cuyas actividades e iniciativas económicas afectaban inevitablemente al resto de la población. Los aristócratas estaban en disposición de regular los precios a su antojo, proporcionar trabajo a una población en progresivo aumento demográfico y prestar ayuda en situaciones económicas difíciles.

Su superioridad económica tenía su expresión en el terreno político. Su preeminencia de sangre, su importancia económica y social, les permitía controlar el poder y gobernar la comunidad utilizando las instituciones ciudadanas.

En una situación de este tipo el papel de la Asamblea del pueblo, que no comprendía a toda la población de la ciudad, era irrelevante. Al comienzo, los intereses de los sectores sociales del *demos* no debieron de diferir mucho de aquellos de los aristócratas. Hasta que la ciudad no vea crecer las tensiones sociales originadas por las diferencias económicas, cada vez más acusadas, no comenzará a tener un protagonismo político más decisivo. Mientras tanto, es posible que haya estado aprobando las propuestas que le llegaban, canalizadas y preparadas por el Consejo. En alguna ciudad incluso tiene posibilidad de elegir a los magistrados.

Pero es el Consejo el órgano más importante del gobierno aristocrático. Heredero del anterior consejo real, está compuesto, según la ciudad de que se trate, por antiguos magistrados, como en Atenas, por personas elegidas para el mismo, como en Esparta, o por los jefes de los *gene* aristocráticos, como en Corinto. Y este Consejo es el que nombra a los magistrados, diversamente denominados en las distintas ciudades para un período de un año.

Los miembros de este órgano de gobierno son los que entienden en la aplicación de las normas por las que se rige la *pólis* y los que fallan los litigios surgidos entre los ciudadanos, de acuerdo con un derecho consuetudinario interpretado a su discreción. Hasta el siglo VII a. J. C. no comienzan las codificaciones de las leyes consuetudinarias, que supondrán de suyo en este terreno un límite, todavía no decisivo, al arbitrio incontrolado de los aristócratas.

Las ciudades griegas de Asia Menor se encontraban diseminadas en un marco geográfico en el que las potencias extranjeras próximas les impedían una expansión territorial hacia el interior. Pero esta misma circunstancia geográfica propiciaba que los influjos culturales y económicos que recibían de esas potencias fuesen también muy intensos.

Las ciudades griegas de Asia Menor contemplaron quizá más tempranamente el paso de la realeza al régimen aristocrático. En Mileto el prestigio de ésta se hallaba unido al santuario cercano. Sobre él la familia aristocrática de los Neleidas ejercía un poder hereditario. Pero no se trataba de un poder monárquico sino de la forma anquilosada y proyectada hacia las funciones religiosas que quedaba de las antiguos reyes. Junto a esta familia había otras, también aristocráticas, con ricas propiedades fondarias, que gobernaban a través de los órganos anteriormente señalados.

Desconocemos cuál era la extensión del hinterland agrario de estas ciudades, que posiblemente pudo ser suficiente, pero en cualquier caso se trataba de ciudades fronterizas de fuertes potencias extranjeras. Su proyección marítima y su dedicación a las actividades mercantiles constituía una salida natural.

La recepción de las influencias literarias, artísticas, técnicas y del lujo minorasiático, fácilmente asimilables,

no borraron los elementos sustanciales de lengua, religión y organización social que le proporcionaba el cañamazo general de su pertenencia al mundo étnico griego. Pero su fragmentación en suelo extranjero en espacios geográficos más limitados e independientes contribuyó a reforzar los lazos de unidad política dentro de ese estrecho marco de la ciudad. El amor a su patria chica y el deber del ciudadano respecto de su ciudad serán las consecuencias naturales de una convivencia en un espacio reducido. La Liga Panjonia no limitará el espíritu de independencia y de autonomía de cada ciudad. En la Epoca Arcaica los casos de conflictos armados entre ciudades griegas, de participación de ciudades griegas de Asia Menor en los dos bandos enfrentados en la Guerra Lelantina, de falta de apoyo griego ante el acoso lidio contra alguna ciudad griega, no son inusuales.



Oinochoe rodio
(Siglo VII)
Museo del Louvre

4. Período orientalizante

El período arqueológico que sigue al Geométrico se designa con el término «orientalizante». Durante él la cultura griega se abrió a los estímulos procedentes del Próximo Oriente. Los límites cronológicos son difíciles de establecer, pero en ese período se produce la convergencia de dos tradiciones artísticas distintas que generará el cambio. Viejos convencionalismos artísticos desaparecen y emergen otros nuevos que permiten al artista contemplar la realidad con más libertad.

En dos aspectos se aprecian los cambios artísticos: en el repertorio iconográfico y en la técnica del dibujo.

Las culturas orientales habían desarrollado la práctica de insistir en los detalles derivada de la costumbre de dibujar los objetos metálicos. Asumiendo esa técnica el artista griego alcanza una mayor libertad en el trazado de las líneas que le permite potenciar los perfiles y dar a la figura una mayor lectura descriptiva.

Con relación al repertorio iconográfico, éste se caracteriza por una propensión más acusada a dibujar el mundo animal. Algunos de esos animales, caballos, liebres, etc., eran habituales en la vida de cualquier griego. Otros, como los leones o las panteras, aun siendo reales, les resultaban tan extraños como los animales fabulosos, que dibujaban por imitación. Algunos de estos temas iconográficos continuarán en el arte griego como elementos decorativos en los que a veces subyace una significación concreta. Los leones plasmados en los frontones de los templos son una especie de guardianes de los mismos.

La habilidad técnica adquirida, los nuevos temas iconográficos incorporados, presuponen contactos con el mundo minorasiático. Los objetos de tipo oriental, trabajos de orfebrería, de marfil, metalúrgicos, de joyería, etcétera, encontrados en diversos lugares del mundo griego, abogan en el mismo sentido, bien se traten de objetos de importación, bien sean debidos a trabajos de artesanos orientales trasladados a Grecia. Los artesanos griegos, a su vez, se instalarían en aquellos centros donde les resultaba más fácil el aprendizaje de esas técnicas de elaboración.

No sólo en los objetos materiales se dejan sentir las huellas de lo oriental. En el campo científico los aportes orientales no son de escasa entidad. La especulación filosófica de la ciencia jonia con relación al mundo debe mucho a la corriente orientalizante, que dejará también sus huellas en el terreno del mito. Heródoto (II, 53) dirá: «De dónde procede cada uno de los dioses, si siempre existieron todos ellos y cuáles son sus formas, eso lo ignoraban hasta antes de ayer, por así decirlo. Porque yo creo que Hesíodo y Homero son cuatrocientos años más antiguos que yo, no más. Ellos son los que hicieron para los griegos la genealogía de los dioses, los que dieron a los dioses sus epítetos, les distribuyeron honores y competencias y determinaron sus formas. Los poetas que dicen haber vivido antes que estos hombres, a mí, desde luego, me parece que son posteriores». Ciertamente, la *Teogonía* de Hesíodo, cuyo núcleo organizativo es el mito de la sucesión divina, ofrece tres generaciones divinas sucesivas, Urano, Crono y Zeus. Este esquema tiene un correlato oriental conocido en un poema encontrado en los archivos reales de la capital hitita de Boghazkoy, destruida en el siglo XIII a. J. C., que ofrece tres generaciones diversas: la de Anu, la de Kumarbi y la del dios de la tempestad.

En la *Teogonía* de Hesíodo la influencia oriental es evidente, y también lo es en su obra *Los trabajos y los Días*, donde algunos temas centrales tienen paralelos orientales. Pero, aunque la salsa de cultivo de sus obras es oriental, el espíritu informa-



Anfora protoática
(Comienzos del siglo VII a.C.)
Museo del Louvre, París

dor y la originalidad ambiental afloran de un contexto griego. Las relaciones establecidas entre el mundo de los dioses y de los hombres, las apelaciones al sentido ético de justicia como queridas por los dioses, sugieren y recuerdan el mundo de la *pólis,* ya perturbado y convulsionado socialmente.

5. Escritura

La adopción por los griegos del alfabeto fenicio será uno de los resultados de esos contactos grecoorientales. Las formas de las letras griegas, sus nombres y el orden seguido por ellas son semejantes a las fenicias.

La mayor diferenciación de uno y otro alfabetos residía en el hecho de que el griego, por exigencias propias de la lengua que tenía que transcribir, habilitó como vocales algunas consonantes o semiconsonantes fenicias. Introdujo, además, otros signos con valor de vocales y consonantes.

¿Cuándo y dónde tuvo lugar esta adaptación? Es posible que la introducción de la escritura esté motivada por las necesidades de su utilización en un mundo de transacciones comerciales cada vez más complejo. Qué duda cabe que la adopción griega del alfabeto fenicio se explica mejor si ésta tuviese lugar en una zona en la que los contactos grecofenicios tuviesen una gran intensidad. Por eso, se ha pensado con carácter hipotético en Al Mina, centro de gran actividad mercantil y lugar apropiado para que los griegos tomaran de los mercaderes fenicios su manera de escribir. Desde allí la difusión del alfabeto seguiría las rutas comerciales, lo que explicaría su rápida difusión.

Con relación al cuándo, no hay fecha concreta. Como su adopción e introducción no se realizó de golpe, sino que exigió una serie de tanteos, se piensa que los primeros ensayos

ALFABETO FENICIO		ALFABETOS GRIEGOS				
		griego arcaico	Mileto	Beocia	griego clásico	
ʾ	𐤀	Α	Α	Α	Α	a
b	𐤁	Β	Β	Β	Β	b
g	𐤂	Γ	Γ	Γ	Γ	g
d	𐤃	Δ	Δ	Δ	Δ	d
h	𐤄	Ε	Ε	Ε	Ε	é
w	𐤅	Ϝ		Ϝ		
z	𐤆				Ζ	z
ḥ	𐤇	Η	Η	Η	Η	ē
ṭ	𐤈	Θ	Θ	Θ	Θ	th
y	𐤉	Ι	Ι	Ι	Ι	i
k	𐤊	Κ	Κ	Κ	Κ	k
l	𐤋	Λ	Λ	Λ	Λ	l
m	𐤌	Μ	Μ	Μ	Μ	m
n	𐤍	Ν	Ν	Ν	Ν	n
s	𐤎	Ξ	Ξ		Ξ	x
ʿ	𐤏	Ο	Ο	Ο	Ο	o
p	𐤐	Π	Π	Π	Π	p
ṣ	𐤑	Ϻ				
ḳ	𐤒	Ϙ		Ϙ		
r	𐤓	Ρ	Ρ	Ρ	Ρ	r
š	𐤔	Σ	Σ	Σ	Σ	s
t	𐤕	Τ	Τ	Τ	Τ	t
		Υ	Υ	Υ	Υ	u
			Φ	+	Φ	ph
			Χ	Φ	Χ	kh
			Ψ	Ψ	Ψ	ps
			Ω		Ω	ō

El alfabeto fenicio y los alfabetos griegos
(según Ch. Higounet)

pudieron realizarse en torno al 900 a. J. C. Un vaso geométrico corintio del 750 ofrece ya una inscripción, y lo mismo ocurre con otro vaso geométrico ático de la misma fecha. Estos son momentos en los que, por otra parte, diversos objetos de procedencia fenicia o traídos por los fenicios aparecen en diversos lugares de Grecia, Olimpia, Delfos, y en otros lugares del Atica.

6. Marco histórico de los griegos de Asia Menor

La proximidad geográfica impedía que los griegos de Asia Menor estuviesen a resguardo de las presiones de las potencias limítrofes, pero estas mismas potencias les preservaban de verse implicados directamente en los conflictos que se desarrollaban más hacia el interior. Así las luchas entabladas por los asirios y el reino de Urartu, hasta el sometimiento de este último en el siglo VII a. J. C., no afectaron militarmente a los griegos, porque los frigios se interponían como estado tapón.

Este pueblo, de habla indoeuropea, ocupaba el Valle Medio y Alto del río Sangario. A lo largo del siglo VIII a. J. C. consiguieron un alto nivel de cultura material, detectado en dos de sus ciudades más importantes: la ciudad de Midas y la de Gordión. Las excavaciones de esta última ofrecen una ciudad con palacio, murallas, casas y puertas que dan una idea del progreso alcanzado por los frigios en materia constructiva.

Los momentos de mayor grandeza frigia, acechada por Sargón II (722-705 a. J. C.), acontecen durante el reinado del rey Midas. Dicha grandeza acabó en desastre. El pueblo nómada de los cimerios penetró en Asia Menor, rompiendo las relaciones de fuerzas existentes. La ciudad de Gordión fue saqueada, como pone de manifiesto su excavación.

La proximidad del reino frigio no perturbó la existencia de las ciudades griegas; antes al contrario, contribuyó a su desarrollo comercial. Las rutas comerciales procedentes de las costas occidentales de Asia Menor pasaban por territorio frigio. Por ellas se transportaban los objetos hacia el interior y desde éste hacia el continente griego, sea quien fuese el intermediario. Los hallazgos en suelo griego de objetos de procedencia frigia indican

que los contactos fueron fructíferos. La tradición griega recuerda estos contactos. De acuerdo con ella, el rey Midas se casaría con la hermana de Agamenón, rey de la ciudad de Cime en la Eólide. Y ese mismo rey frigio es el primero de los no-griegos del que se tiene memoria de haber realizado ofrendas en Delfos en honor de Apolo.

A la sombra de los frigios, y en una situación quizá de vasallaje, se encontraban los lidios. Ocupaban el territorio de Asia Menor a la espalda de las costas jonias y eolias, teniendo a Sardes como capital. A pesar de esta proximidad lidia al mar, la existencia en la costa de las ciudades griegas impedía a los lidios una proyección marítima.

La caída frigia posibilitó el despegue lidio. Este va unido a la sustitución en el 680 a. J. C. de la dinastía reinante heráclida por otra de la familia Mermnadida, a la que pertenecía el usurpador Giges.

Poco tiempo después, entre el 667-664 a. J. C., los cimerios, tras derrotar a los frigios, dirigieron sus ataques contra los lidios. Giges solicitó la alianza del asirio Assurbanipal, bajo promesa de someterse a su mandato; pero, pasado el peligro, y confiado ya en sus posibilidades, envió en torno al 655 a. J. C. tropas mercenarias de jonios y carios en ayuda de Psamético, que se encontraba en lucha con los asirios.

En el 652 a. J. C., en una segunda campaña contra los cimerios, Giges, abandonado a sus solas fuerzas, encontró la muerte.

Los cimerios devastaron las tierras occidentales de Asia Menor. Ni Sardes, ni el Artemisión de Efeso se vieron libres de su azote. Entre estos dos ataques cimerios, Giges desplegó una política de beligerancia respecto de algunas ciudades griegas de Asia Menor para formar con ellas una especie de sumiso protectorado. De acuerdo con el relato de Heródoto (I, 14), realizó ofrendas al santuario



La diosa Palas Atenea, en terracota, procedente de Gortina, Creta (Mediados del siglo VII a.C.) Museo Nacional, Atenas

panhelénico de Delfos, mantenía relaciones amigables con Efeso, mientras que, por el contrario, se apoderaba de Colofón y atacaba a Mileto y Esmirna. Su política era dispar en el comportamiento, pero unitaria en la intención: apoderarse de algunas ciudades griegas de Asia Menor, fomentando un trato desigual que impidiese que los griegos de esas ciudades formaran un bloque unitario ante un enemigo común.

Los sucesores de Giges continuaron en esa política de acoso. Su hijo Ardis (651-613 a. J. C.) mantuvo unas relaciones amistosas con Efeso, pero se apoderó de Priene y puso asedio a Mileto. La lucha contra esta ciudad continuó durante varios años, hasta que su hijo Aliates decidió suspenderla. En esta decisión pesaron, según Heródoto (I, 19-22), una respuesta enigmática del oráculo de Delfos, la mediación del tirano de Corinto Periandro y la estratagema del tirano de la ciudad asediada, Trasibulo.

Aunque los griegos tenían conciencia, reforzada por la tradición, de que pertenecían a la misma estirpe helénica, y aunque esta conciencia se plasmaba a partir del 776 a. J. C. en la celebración de los Juegos Olímpicos, las rivalidades entre las ciudades griegas durante la Epoca Arcaica fueron frecuentes y algunas ciudades acabaron siendo absorbidas por otras. Incluso hubo conflictos como la Guerra Lelantina entre Calcis y Eretria por la disputa de una llanura en la que intervinieron otros estados griegos alineados en los dos bandos: Eritras, Samos, Tesalios, Corinto y Esparta a favor de Calcis y, por el otro, Mileto, Quíos, Mégara y Mesenia (?) del lado de Eretria.

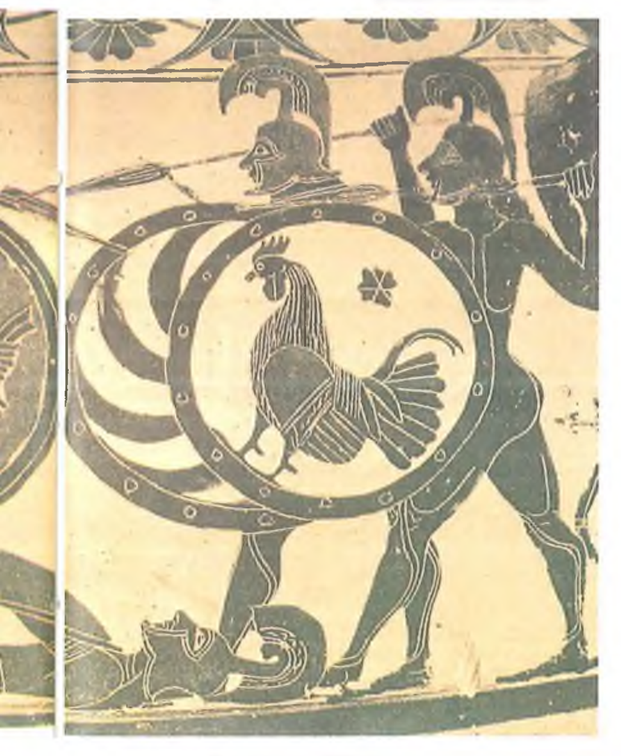
Tampoco ante el ataque de una potencia bárbara se logró la unidad de los griegos, ni siquiera de los más próximos al peligro. Cuando el lidio Aliates atacó Mileto ninguna ciudad griega le prestó ayuda excepto Quíos.

Las luchas entre las ciudades griegas y los duros ataques de los lidios y cimerios encuentran el eco amargo y su acento patético en la poesía elegíaca. La exhortación de Calino a sus compatriotas de Efeso a luchar por la patria pone el acento en el amor a su ciudad y en el deber moral para con el estado, pero este amor y deber no rebasa los límites de la ciudad ni lo generaliza a todo el pueblo griego, del que es consciente pertenecer: «¿Hasta cuándo permanecéis sin obrar? ¿Cuándo, ¡oh jóvenes!, llegaréis a tener un corazón valeroso? ¿No tenéis vergüenza de vuestros vecinos por esa falta de ánimo? ¡Creéis estar en el reposo de la paz cuando la guerra se ha adueñado de toda la Tierra!... Y cada uno arroje al morir su último dardo. Porque es honroso y bello para un hombre luchar con el enemigo por su tierra y sus hijos y su esposa legítima, y la muerte llegará cuando las Moiras la hilen. Ea, pues, avanzad todos blandiendo la lanza y



cubriendo el valiente corazón con el escudo, tan pronto como se trabe la batalla; pues no permite el destino que un hombre pueda escapar a la muerte, aunque sea el descendiente de antepasados inmortales» *(frag.* I). De manera semejante Mimnermo, posiblemente de Esmirna, evoca la grandeza de su ciudad para animar a sus conciudadanos a luchar y a resistir los ataques de Aliates (*fragm.* 13): «No hablaron así de su valor y de su noble ardor los más viejos que yo, que lo vieron sembrando el desorden en los apretados escuadrones de la caballería lidia en la llanura del Hermo, empuñando la lanza de fresno, jamás Palas Atenea tuvo un reproche para el heroísmo de su corazón cuando en la batalla sangrienta se lanzaba adelante en la vanguardia, desafiando los agudos dardos del enemigo».

Escena de combate sobre una crátera corintia
(Hacia el 600 a.C.)
Museo del Louvre



7. Desarrollo de la ciudad

Durante la Epoca Arcaica las *póleis,* comunidades autónomas e independientes, crecieron en número, algunas con un espacio territorial exiguo. La vida de muchas de ellas fue oscura, y apenas se tiene conocimiento de ellas, pero, con todo, allí el hombre griego alcanzó su dimensión de ciudadano.

Creta, a la que ya en la *Iliada* (II, 641) se llama «la de las cien ciudades», con una superficie de 8.500 km^2 dio cobijo a cien pequeños estados. La comarca geográfica de la Fócide, con una superficie de 1.650 km^2, acogía a 22 ciudades. Son las que disponen de un territorio más amplio, como Argos (1.400 km^2) y Corinto (880 km^2), etc., las que ofrecerán en un mayor protagonismo político su importancia económica y social. Los casos de Esparta (8.400 km^2, con la Mesenia) y de Atenas (2.500 km^2), por sus grandes disponibilidades territoriales y sus progresivas y peculiares configuraciones políticas, alcanzadas a impulsos de circunstancias especiales, se alejan sensiblemente de lo que era la media general de Grecia.

La Epoca Arcaica se caracteriza por una serie de crisis sociales. Conocer el desarrollo de estas crisis en cada una de las ciudades resulta una tarea imposible. Las lagunas informativas son muy grandes y hay noticias que resultan inciertas. No obstante, el proceso de las mismas puede seguirse en algunas ciudades. La visión de conjunto así establecida marca las pautas generales de la evolución seguida por la ciudad.

Los fenómenos sociales más importantes que se producen en el ámbito griego son: una crisis social derivada, en general, de un desigual reparto de la propiedad agrícola, y un movimiento colonial que palió las dificultades económicas de algún sector de la población.

La colonización supuso un alivio



Estatuilla de marfil representando a Hera, procedente del Heraión de Samos (Mediados del siglo VII a.C.) Museo de Vathy, Samos

para los desposeídos y desheredados de la fortuna. Pero no todos utilizaron esta salida. La misma colonización contribuyó a intensificar las actividades comerciales y artesanales, que ya habían conocido un gran desarrollo. Era otro medio de adquirir riqueza. En las ciudades surgieron tensiones sociales con trasfondo político. En algunas de ellas árbitros y legisladores trataron de restañar las heridas; en otras, propiciaron la instauración de regímenes especiales, como la tiranía. El desarrollo económico guarda relación con todo esto. Por eso se ha pensado si se produce la emergencia y consolidación de una nueva clase social, bien definida, fundada económicamente en el comercio y la industria.

7.1. La cuestión de una nueva clase social

La historiografía de finales del siglo pasado y comienzos de este sistematizaba todos estos fenómenos en una teoría explicativa, que modernamente se pone en entredicho. Se pensaba que las tensiones detectadas en la Epoca Arcaica eran consecuencia del desarrollo económico y social producidos desde el siglo VIII a. J. C. En este sentido, la colonización no sólo aliviaba la presión demográfica, sino que podía absorber parte de los excedentes de producción. Y, de esta manera, se pensaba que el desarrollo económico había originado la formación de una clase social de comerciantes y artesanos. El enriquecimiento de éstos, se opinaba, se vió facilitado por la introducción de la moneda como término de referencia en las transacciones. Esta clase sería la que pedía la igualdad de derechos políticos y la que disputaba a los aristócratas terratenientes el control político. En esta opinión los tiranos serían paladines de esa nueva clase social, de suerte que también la tiranía tenía una lectura exclusivamente económica.

Ciertamente que con respecto a otras épocas, la Arcaica contempló un mayor desarrollo de las actividades comerciales y artesanales, al que contribuyó innegablemente la colonización. Pero lo que no está claro, pues las fuentes no son explícitas al respecto, es que se haya producido una nueva clase social comercial y mercantil, muy difícil de precisar, como opinan M. Austin y P. Vidal-Naquet.

El caso es que la mayoría de las ciudades griegas del siglo VIII a. J. C. tenían, desde el punto de vista político, un régimen aristocrático. La base económica de las ciudades, incluso de las más activas comercialmente, era la agrícola. Y, en este sector, los aristócratas poseían ricos patrimonios, que siguieron manteniendo en detrimento

de los otros miembros del *demos,* que, en el caso de Atenas, apoyaron Pisistrato, como opina S. C. Humphreys. Esta concentración de la tierra en manos de los aristócratas no produjo en el Atica la desaparición de la pequeña y mediana propiedad, quizá porque la incontenible voracidad de los aristócratas se dirigió hacia las tierras comunitarias. Pero estaba claro que la orientación económica, preferentemente agraria, de los aristócratas acabaría por avasallar a aquellos pequeños propietarios en dificultades.

La vinculación de la aristocracia con la tierra se constata también en la denominación explícita que reciben algunos de ellos: *Geomoroi* («poseedores de tierra») en Samos, *Hippobotai* («criadores de caballos») en Calcis de Eubea. Y esto mismo puede decirse de la aristocracia tesalia, que tardará históricamente en desarrollar unos verdaderos niveles de integración urbana.

Por otra parte, las ciudades arcaicas griegas tuvieron problemas en sus relaciones mutuas, que se saldaban con una llamada a las armas. Disponer de un armamento avanzado, de abundantes personas que lo lleven y de una táctica militar adecuada eran requisitos para que las ciudades no sucumbieran fácilmente, y, de la misma manera, eran una garantía de subsistencia de aquellos establecimientos coloniales establecidos en proximidad de comunidades bárbaras agresivas.

Quedaban ya en el pasado los combates desorganizados y las luchas individuales. La innovación táctica era el combate en batallón cerrado con tropas bien protegidas con armamento defensivo y ofensivo pesado. Pero estas falanges de hoplitas se reclutaban mayoritariamente entre aquellos propietarios con haciendas medias y pequeñas capaces de comprarse un armamento. Por tanto, esas propiedades no habían sido engullidas totalmente por esos aristócratas fondarios.

La adopción del armamento hoplita debió de ser gradual. La espada y la lanza de hierro están testimoniadas desde el siglo XI a. J. C., mientras que el ejemplar más antiguo de coraza se encontró en una tumba de Argos, fechada en el 725 a. J. C. Los diversos tipos de casco y escudo permiten suponer influencias orientales, quizá de los asirios, que por esas fechas alcanzaron el Mediterráneo, y a los griegos pudieron llegarles, como opina Heródoto (I, 171), por mediación de los carios.

Como consecuencia de esta ampliación de los efectivos militares, las necesidades y demandas de armamento crecieron considerablemente. Y esto requería, o bien unos circuitos comerciales que aportaran esos productos ya acabados, a cambio de otras contrapartidas económicas a disposición, o bien, lo que era más frecuente, que las ciudades griegas, al menos las más poderosas, desarrollasen una base económica tendente no sólo al acopio de las materias primas necesarias para la fabricación del armamento, sino también para disponer de los medios materiales humanos y tecnológicos implicados en su elaboración. En definitiva, un complemento a las actividades mercantiles e industriales que empezaron a consolidarse desde los comienzos de la Edad Arcaica y que de nuevo incidirá en la cuestión debatida del posible surgimiento de una clase fundada económicamente en las actividades comerciales e industriales, y que sería la causante de las crisis originadas en el seno de las *póleis.*

El mismo Tucídides (I, 2) había vinculado el desarrollo de las ciudades griegas a las actividades comerciales: «Como no había comercio y no tenían relaciones libremente unos con otros ni por tierra ni por mar y, por otra parte, cada pueblo cultivaba su tierra sólo en la medida indispensable para vivir de ello, y no tenía sobra de recursos ni plantaba vides y olivos...

y, por último, como estimaban que en cualquier parte conseguirían la comida diaria indispensable, emigraban sin dificultad, y debido a ello, no eran poderosos ni por el tamaño de sus ciudades ni por sus recursos en general». Es cierto que Tucídides no sólo coloca el desarrollo y el aumento de recursos en función del comercio, sino también en la implantación de cultivos agrícolas especializados como la vid y el olivo.

7.2. Aristocracia y actividades artesanales y comerciales

En un gran porcentaje el tráfico marítimo estuvo orientado a la adquisición de productos de primera necesidad, de los que las ciudades griegas eran deficitarias y a la obtención de materias primas. De este tráfico marítimo no estuvieron apartadas las aristocracias terratenientes de Atenas, Corcira, Quíos, Lesbos, etc. Un sector de la aristocracia de Calcis, en Eubea, y de Mileto fueron designados como *aeinâutai* («los que siempre navegan»). Se puede decir que por mediación de sus agentes y clientelas los aristócratas tuvieron un peso específico en el comercio marítimo.

Es cierto que había gentes del *demos* que se dedicaban a las actividades comerciales, pero es cierto también que controlando los aristócratas, mayoritariamente, la propiedad de la tierra e interviniendo también directa o indirectamente en los intercambios, la importancia de ese sector del pueblo dedicado a las actividades comerciales sería razonablemente de pequeña entidad dentro del contexto de la ciudad. Su capacidad como elemento generador de tensiones debió de ser pequeña. Tampoco habría que exagerar en demasía los casos coyunturales de aquellos campesinos en dificultades que buscaban en el mar un alivio a su agobio económico. Esto era lo que Hesíodo *(Los Trabajos y los Días*, 631-638) aconsejaba a su hermano, que tenía una pequeña propiedad: «Sólo entonces sacarás tu nave ligera a la mar, y en ella colocarás cargamento apropiado para que puedas llevarte el beneficio a casa, como hacía mi padre, el tuyo ¡atontado Perses!, que surcaba el mar en naves, porque estaba necesitado de medios de subsistencia. El llegó aquí un día, después de cruzar el vasto camino del mar, viniendo de la eólica Cime en una negra nave; no escapaba de la abundancia, de la riqueza y del bienestar sino de la amarga pobreza que Zeus da a los hombres».

Algunas iniciativas individuales marítimas, como la de Coleo de Samos, que recuerda Heródoto (IV, 152), se vieron coronadas por el éxito. Pero no era este sector comercial marítimo, aunque ayudó, el causante de la crisis.

En las ciudades existía también un artesanado capaz de sobrevivir sin que les fuese necesario para ello el ser titulares de la tierra. Pero hasta que la moneda se afianzó como término de referencia en las transacciones comerciales, y tardó en hacerlo, la contrapartida de los productos artesanales fue el trueque por productos de subsistencia y el intercambio por otros que necesitase o que quisiese obtener. Y en muchas de estas operaciones nos encontramos una vez más a los aristócratas. Eran ellos, con sus grandes propiedades, los que obtenían mayores excedentes de vino, aceite, avena, trigo, etc., y los que estaban en mejor situación de marcar las pautas de los intercambios de sus productos por productos artesanales.

Es innegable que durante la Epoca Arcaica las ciudades griegas han visto crecer dentro del espectro social de su *demos* un sector artesanal. Los talleres de cerámicas crecen en ciudades de la Jonia, en Atenas y Corinto. Por otra parte, las ciudades amplían y desarrollan su infraestructura material. Se construyen templos grandiosos y suntuosos edificios civiles. Todo

esto supone la utilización y, por tanto, la existencia de un sector artesanal en progreso. Además, la proliferación de hallazgos de objetos de lujo, muchos de ellos de producción griega, como ofrendas en templos, y en manos de una aristocracia cada vez más refinada a partir de los contactos con Oriente, apuntan de la misma manera en este sentido. Pero, como en el caso de los dedicados al comercio, tampoco en el de los dedicados a la actividad artesanal queda claro que hayan sido los causantes primordiales de la crisis político-social, ni que hayan constituido una clase social bien definida. Las fuentes literarias contemporáneas no apuntan de forma explícita a una concreta clase social que estuviese fundada económicamente en sus actividades comerciales y artesanales.

Ciertamente que Teognis, para momentos avanzados de la Edad Arcaica, sugiere un auge de nuevos ricos, tildados desde una ética de valores aristocráticos como los «malos», que se están afianzando en detrimento de los «buenos», los aristócratas de vieja estirpe: «Cirno, esta ciudad es aún una ciudad, pero sus habitantes son ahora distintos: antes no conocían el derecho ni las leyes, sino que en torno a sus cuerpos vestían pieles de cabra hasta romperlas, y se apacentaban, al igual que los ciervos, fuera de la ciudad. Estas son hoy día las gentes de bien, ¡oh, Polípedes!, y los buenos de antes ahora son los villanos» (Teognis, 53-58). Teognis ve con resentimiento cómo los «nuevos ricos» se introducen en los engranajes del poder, a veces con la aquiescencia de los aristócratas: «Buscamos, ¡oh, Cirno!, carneros, asnos y caballos de buena raza, y todo el mundo quiere que se apareen con hembras de pura sangre; en cambio, a un hombre noble no le importa casarse con una villana, hija de un villano, con tal que le lleve muchas riquezas; ni una mujer se niega a ser la esposa de un hombre vil con tal que sea rico, sino que prefiere al acaudalado al hombre de bien».

El proceso de transformación social y de incorporación a la clase más elevada de gentes enriquecidas es real, pero ello no implica ni exige, con anterioridad a ese proceso, al menos la información no lo señala para la Epoca Arcaica, la existencia de una clase artesanal y comercial bien definida.



Hidria jónica (Detalle)
(540-520 a.C.)
Museo del Louvre, París

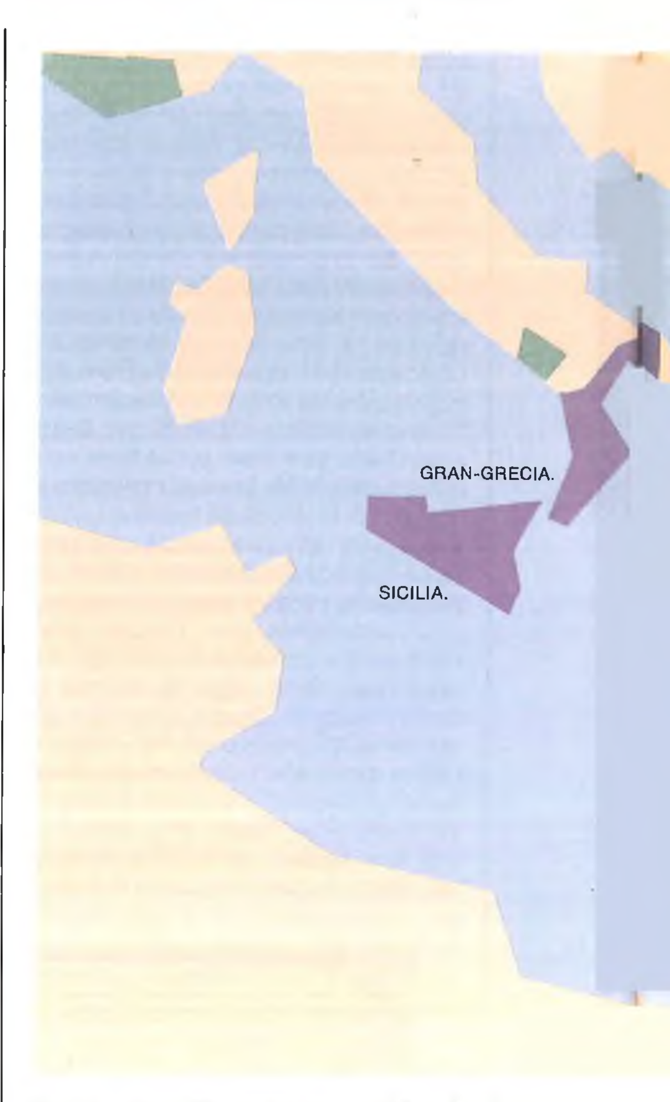
7.3. Aparición de la Moneda

En su reflexión de la *Política* (1257 a), Aristóteles, junto al valor fiduciario que tiene la moneda, vincula su aparición a las necesidades de facilitar los intercambios: «La necesidad hizo que se ideara la utilización del dinero por no ser fáciles de transportar todos los productos naturalmente necesarios. Por eso convinieron en dar y recibir recíprocamente en sus cambios algo que, siendo útil en sí mismo, fuera, además, de fácil manejo para la vida, como el hierro, la plata o algo semejante. Al principio determinaron su valor simplemente por su tamaño y peso, y, por último, le imprimieron un cuño para ahorrarse el trabajo de medirlo, ya que el cuño se puso para significar el valor».

Lo mismo que Aristóteles, y por inercia de nuestra propia realidad monetaria, acostumbramos a considerar que la moneda, desde su aparición, cumplió la función económica de ser patrón de referencia de las operaciones comerciales. Ciertamente que la aparición de la moneda aconteció en la Epoca Arcaica, época caracterizada por la extensión y desarrollo de las relaciones comerciales en toda la cuenca del Mediterráneo. En ese sentido se puede decir que la aparición de la moneda estuvo ligada al desarrollo económico y social de la *polis*. Pero esto no debe hacer suponer que la moneda desde su aparición desempeñó esa función económico-comercial.

Diversos investigadores modernos son recurrentes en la opinión de que la moneda no fue acuñada inicialmente para ser un valor de referencia de los objetos adquiridos en los mercados locales y ultramarinos.

Las culturas primitivas valoraban los objetos por referencia a animales y a metales preciosos. También la Grecia primitiva lo hizo, como señala L. Breglia, con bueyes, trípodes, calderos y barras de hierro como medidas de valor. Pero esto no puede considerarse moneda. Grandes civilizaciones, que han dejado una marca indeleble en la Historia de la Humanidad, como Egipto, el pueblo hebreo, babilónico, asirio, etc., algunas de las cuales, además, tuvieron unas economías muy evolucionadas, utilizaron diversos patrones de valoración, entre ellos los metales, de acuerdo con un baremo de pesos determinados. Pero estas culturas no crearon la moneda. Esto se lo atribuye Heródoto (I, 94) a los lidios: «Y ellos fueron de entre





Sistemas monetarios del Mundo Griego a fines de la Epoca Arcaica
(Según Seltman)

ATICO-EUBOICO

EGINETICO

QUIOTA

PERSA

los hombres los primeros de los que sabemos que acuñaron y se sirvieron de monedas de oro y de plata, y los primeros también que se hicieron tenderos». De acuerdo con Heródoto, la verdadera acuñación de moneda, es decir, un trozo de metal estampado con una imagen reconocible, siguiendo, además, una estandarización de los pesos, es una creación que tiene lugar en el siglo VII a. J. C. y que él atribuye a los lidios.

Los primeros balbuceos de la moneda, apreciables a partir de los

hallazgos del Artemisión de Efeso, señalan que su núcleo originario está circunscrito a la zona de la Jonia y de la Lidia, sin que pueda determinarse con exactitud si la concepción primaria de la moneda corresponde a los griegos o a los lidios. La zona geográfica propuesta se corresponde con el hecho de que las primeras monedas acuñadas utilizan como material el *electrum*, una aleación de oro y plata que se encuentra en estado natural en el limo del río Pactolo, que corre por la capital de Sardes.

Cualquiera que sea el origen de la moneda, lidio o griego, lo que está claro es que su difusión fue obra griega. Las más antiguas monedas del mundo griego se encuentran en las excavaciones del Artemisión de Efeso. Allí se hallaron dos lotes de monedas, uno correspondiente a una ofrenda durante la construcción del templo, y depositado en los cimientos, y el otro, en un vaso colocado en un lugar no lejos del anterior.

Entre las monedas depositadas en los cimientos unas son pequeñas piezas de metal, sin imagen grabada, pero con una superficie rugosa estriada. Otras, por el contrario, llevan impresa una cabeza de león, bastante característica, que se considera como el emblema real de los reyes de Lidia. Se trataría de monedas correspondientes a las primeras emisiones lidias.

Entre las monedas colocadas en el vaso las hay del tipo estriado, pero también otras que sobre la superficie estriada llevan grabadas figuras sencillas de león, cabra, gallo, ciervo, toro, perro, cabeza humana, etc. Ambos depósitos corresponderían a la misma época, que suele situarse en el decenio 640/30 a. J. C. Ciertamente resulta difícil precisar las diferencias que podían existir entre las monedas estriadas y sin figuras grabadas de este lote y los pedazos de metal precioso utilizados en la fase premonetal como sistema de valor. Lo único que se puede decir al respecto es que los pedazos de electrum encontrados en el Artemisión de Efeso, y también en otros lugares de Asia Menor, que no tienen figuras grabadas, responden, al menos, a uno de los elementos definidores de la moneda, ya que se ajustan proporcionalmente a un peso estándar 1/3, 1/12, 1/24, 1/48, etcétera, de estátera.

Por lo que respecta a las primeras monedas grabadas con figuras diversas que se encuentran tanto en el Artemisión como en otras ciudades de Asia Menor y de antigüedad similar, las dificultades son de otra índole. Excepción hecha de las que llevan grabado el león de Lidia o la foca de Focea, el resto de los emblemas grabados en ellas no se sabe a qué ciudades concretas atribuirlo.

Pero estas primeras monedas no se realizaron en plata. Cuando esto ocurrió se piensa que se realizaron en Egina en unos momentos que no habría que remontar más allá del 590 a. J. C.

La técnica de modelación de las monedas de Egina no difiere de la seguida por las anteriores acuñaciones de Asia Menor a las que imitan. En el anverso diseñan la tortuga, emblema de la ciudad, y en el reverso una impresión hueca.

Indudablemente en Epoca Arcaica la isla de Egina tuvo una gran importancia económica, siendo rival comercial de Atenas. Con ese respaldo económico no tenía por qué hallar dificultades en el abastecimiento de la plata necesaria para la acuñación de su moneda. Si la información de Heródoto es correcta, es posible, además, que estuviese a resguardo de las contingencias en los suministros, si como dice Heródoto poseían las minas de plata de la isla de Sifnos.

La que en este aspecto se encontraba en una situación privilegiada era Atenas con sus minas de Laurión. Respecto de las monedas atenienses, son varios los problemas. Uno, su

momento de introducción. La tradición literaria posterior vincula su arranque al momento en el que Solón reformó los pesos. A pesar de ello, los estudios numismáticos sugieren que su introducción no sería anterior al 590 a. J. C.

Otro problema, de distinta índole, se centra en una serie de monedas denominadas «heráldicas» (Wappenmünzen) que no llevan inscripción identificadora de la ciudad. Estas monedas suelen considerarse como las primeras de Atenas. Pero no simbolizarían a la ciudad como entidad colectiva, sino que se piensa que podría tratarse o de «blasones» de los *gene* áticos o de emblemas civiles derivados del culto de Atenea. Pero no se para ahí la incertidumbre. Como esas monedas presentan distintas figuras, se piensa también que podrían responder a emblemas de diversas ciudades. En cualquier caso, este tipo de monedas dio paso, en algún momento del siglo VI a. J. C., a otras nuevas con el emblema característico de la ciudad de Atenas.

En el caso de las primeras acuñaciones de Corinto, ciudad con una gran actividad comercial, su introducción la atribuye la tradición al tirano Cípselo en el 620 a. J. C. Pero una suposición de este tipo en modo alguno está avalada en pruebas arqueológicas y numismáticas. Una propuesta prudente no las situaría más allá del 575 a. J. C.

La consecuencia más evidente de las primeras emisiones monetales fue que con relativa rapidez muchas ciudades griegas siguieron los pasos y acuñaron a su vez moneda con los emblemas propios de su ciudad. En seguida se dieron cuenta de que, además de otras funciones, la moneda cumplía también una misión de propaganda de la independencia tan querida de su comunidad.

¿Cuáles pudieron ser las causas primarias de la introducción de la moneda? Ya hemos indicado que la opinión actual más recurrente es considerar que el nuevo instrumento monetario no se acuñó inicialmente para atender a las actividades mercantiles. Hasta donde llega por ahora el conocimiento de las secuencias de las primeras emisiones, se constata que las monedas de algunas ciudades presentan valores nominales muy altos, como los de Lidia y algunas ciudades de la Jonia, mientras que en otras, como Atenas, son muy bajos. Esto, por sí mismo, ofrece ya una disparidad que no puede explicarse, sin más, por la simple propuesta de que las ciudades que emitieron inicialmente —pues a la función inicial de la introducción de la moneda nos estamos refiriendo— monedas con valores nominales mayores las destinaron a un comercio de gran volumen, mientras que las que lo hicieron con valores nominales menores las dedicaron a un comercio local al por menor. Es cierto que casi la mitad de las monedas encontradas en el Artemisión de Efeso son fracciones de 1/24, 1/48 y 9/96 de estater. Si se les da entrada en un circuito comercial, con ellas sólo se podrían comprar cosas pequeñas. Pero esta función comercial es la que ofrece Heródoto al origen de la moneda lidia cuando la empareja con la conversión de los lidios en comerciantes. Mas, con todo, la práctica de los intercambios de productos tanto en los mercados locales de las ciudades como en los de larga distancia fueron los acostumbrados incluso para momentos posteriores. Con referencia a esto, pero en otro estado de cosas, hay que señalar que las distintas clases censitarias que se establecen en las ciudades, v. gr. en Atenas, se hacen en función de los productos agrícolas que los componentes de esas clases pueden obtener y no en función de la moneda.

Las razones precisas de las primeras creaciones monetales permanecen oscuras. Pero probablemente, como piensa R. M. Cook (1958), hubie-

se en ello una motivación cuyo objeto fuese atender a las necesidades públicas de la *pólis*. Entre ellas estaba la contratación por las ciudades griegas y por el reino de Lidia de tropas mercenarias a las que era preciso pagar su soldada. La moneda resultaba una solución práctica y lo era también para la retribución de otros servicios públicos y para el pago de los impuestos. A partir, pues, quizá, de estos cometidos, el uso de la moneda se amplió a otros sectores como los comerciales. Indudablemente que con el patrón de referencia monetal los intercambios de productos a nivel restringido del mercado local, como el de voluminosas cantidades a grandes distancias, resultaron favorecidos. Ahora los objetos de consumo, lo mismo que el trabajo, podían valorarse en unidades monetarias que tenían la garantía fiduciaria de la comunidad cívica que las emitía con el emblema de la propia ciudad. Además del valor *per se* correspondiente al trozo de metal precioso con el que la moneda estaba hecha, y que era susceptible de manipulaciones de pureza y peso, estaba el valor fiduciario de confianza que se le otorgaba y que era convencional. Y este carácter arbitrario y precario que tiene la moneda desde sus orígenes está lúcidamente detectado por Aristóteles (*Política,* 1257 b), que intuyó los cambios y fluctuaciones valorativos que lleva inherentes toda moneda: «Otros opinan, por el contrario, que el dinero es algo desprovisto en sí mismo de valor, algo que no es natural, sino pura convención, ya que, si se lo sustituye por otra moneda, no vale nada ni es útil para nada necesario».

Esfinge de marfil
hallada en Perachora, Corinto
(Mediados del siglo VII a.C.)
Museo Nacional, Atenas



7.4. Crisis agraria

Cuando los diversos grupos griegos se fueron sedentarizando, establecieron una relación más directa con la tierra y con las gentes que anteriormente ocupaban el territorio. Algunos de los antiguos habitantes pasaron a la condición de dependientes. Qué es lo que pudo continuar del anterior sistema micénico de posesión y distribución de la tierra y qué innovaciones pudieron producirse es algo que no puede precisarse con claridad en cada caso, aunque, sí la tendencia general. Tras las invasiones y la subsiguiente sedentarización, el territorio fue ocupado por los *gene* gentilicios. En seguida se insinuaron dos tendencias de carácter social y económico. Por un lado, los *gene* se fraccionan en grupos familiares más restringidos, arrastrando también la subdivisión de los patrimonios, que eran su soporte económico, y, por otro lado, se introduce la propiedad individual, primero de los objetos muebles, y luego de la tierra.

Los *poemas homéricos* reflejan una sociedad controlada por los *aristoi* («los mejores»), con ricas posesiones de tierra, riqueza y poder y cuyos *oikoi* familiares disponían de la fuerza humana libre y esclava necesaria para la explotación de ese patrimonio. Por debajo estaba la «muchedumbre», algunos de cuyos componentes eran propietarios de tierras que trabajaban directamente. ¿Podían enajenar estos patrimonios?

Al margen de las adquisiciones territoriales derivadas por hechos de guerra, es probable que en una sociedad ya establecida las posibilidades de enajenar tierras patrimoniales fuera del contexto de la familia, se entienda ésta en sentido restringido como en sentido amplio, serían poco frecuentes.

Los poemas homéricos dentro de su mundo especial de relaciones personales contempla las donaciones de tierras como contrapartida de servicios prestados o como concesiones voluntarias. Pero se trata de donaciones y no de ventas de tierra. Ejemplos no faltan. En la *Odisea* (VII, 311-315), Ulises es objeto de una oferta de casa y tierra si permanece en Feacia: «Yo quiero, por Zeus, Atenea y Apolo, que tú, hombre de bien y de sentimientos parecidos a los míos, te cases con mi hija y que seas llamado mi yerno y que permanezcas aquí; yo te daré una casa y bienes (tierras) si consientes en quedarte aquí». Y promesas de donación de casa y tierras hizo Ulises a Eumeo (*Odisea* XIV, 61-66): «Aquel al que los dioses han impedido el regreso me habría tratado favorablemente; me habría dado una casa y tierras, una mujer atractiva tal y como un amo benévolo hace con su servidor que ha trabajado mucho por él».

Mas el mundo que refleja Homero no es sustancialmente el mismo que el que dibuja Hesíodo, en el que ya la crisis agraria se ha cebado en la sociedad arcaica griega. Así, junto a los aristócratas, motejados por Hesíodo como «devoradores de dones», que tenían ricos patrimonios, estaba el pequeño campesino que tenía plena capacidad de posesión de sus tierras. En virtud de esa capacidad, aunque la cuestión de la alienabilidad de la tierra se discute, podía enajenar su patrimonio. ¿Cómo, si no, el padre de Hesíodo, emigrante por necesidad desde la eólica Cime de Asia Menor hasta Beocia, pudo conseguir la propiedad fondaria dejada a sus hijos? El patrimonio del padre de Hesíodo podría, posiblemente, como indica E. Will, alimentar a siete personas. Bien es cierto que en las sociedades primitivas resulta difícil establecer los mínimos de alimentos de subsistencia que requiere una familia campesina y la cantidad de tierra necesaria para producirlos. Mas, si consideramos como parámetros de referencia hipotética que las necesidades de grano para un griego antiguo se calculan por término medio al año en seis *medimnoi*

(tres hectólitros) y que una hectárea de tierra dedicada al cultivo de cebada podría dar al año entre doce y dieciséis hectólitros y entre cuatro y ocho de trigo; si tenemos también en cuenta que la práctica de cultivo usual, salvo en casos de necesidad, era bianual con objeto de dejar descansar la tierra, podremos hacernos una idea de las dimensiones del *kleros* del padre de Hesíodo.

Durante la Edad Arcaica las diferencias patrimoniales anteriores se acentuaron. El dicho, por otra parte tan manido, de que los ricos se hacen más ricos y los pobres cada vez más pobres presenta su cara adusta en una sociedad basada en las desigualdades sociales anteriores.

En situaciones normales, la tierra gratificaba el duro trabajo puesto en su cultivo con una cosecha con la que satisfacer las necesidades familiares. Pero en la actividad agraria, al margen del azar de calamidades imprevistas, intervienen otros factores extraeconómicos, como son los fenómenos atmosféricos, lluvia, calor, granizo, heladas, etc., favorables unos, desfavorables otros, que están fuera del control del labrador. Estas contingencias inciden positiva o negativamente en la relación económica trabajo-tierra.

Al pequeño propietario, por mucho que hubiera invertido en trabajo, una mala cosecha lo colocaba en una situación dificultosa. Para salir adelante y resarcirse se ve forzado a pedir prestado los alimentos no obtenidos y la semilla para la siembra del año siguiente. En ocasiones, la buena vecindad ha podido paliar sin grandes cargas económicas y de una manera transitoria estas penalidades. Pero muchos pequeños propietarios en dificultades se vieron forzados, así ocurrió en Atenas, a pedir prestado bajo condiciones. Al no poder reembolsar lo prestado, enajenaban la propiedad, pasando a ser arrendatarios de su propia tierra, con la obligación de pagar un canon por ella.

Otros más aventureros buscaban en el mar, en la colonización o alistándose como mercenarios, una vía de escape que, aun teniendo sus riesgos y penalidades, les resultaba más atractiva.

La solicitud de préstamos y consiguientemente las deudas contraídas y no pagadas, ha sido uno de los mecanismos que conducen a la alienabilidad de los patrimonios. Hesíodo alude, utilizando para ello palabras diferentes, a diversos tipos de préstamos. Uno es el tipo de ayudas gratuitas o con devolución sin interés, que son las habituales en las relaciones vecinales. En este tipo de prácticas la exigencia moral de la reciprocidad y de la devolución al prestatario se produce sin que este último obtenga ganancia (Hesíodo, *Trabajos y los Días,* 343-351): «Y sobre todo, has de llamar al que cerca de ti habita. Pues, sabe que si algo imprevisto te ocurre en el lugar, los vecinos acuden al punto, se tardan, en cambio, los distantes deudos... Bien has de medir lo que pidas al vecino, bien medido devolvérselo, con igual medida, y mayor aún, si puedes, para que estando otra vez necesitado, lo halles bien dispuesto».

Pero hay otro tipo de préstamos que se realizan bajo interés y que desde un punto de vista moralizante Hesíodo condena (*Los Trabajos y los Días,* 352): «No te lucres con malas ganancias». «El varón que de grado da, incluso con largueza, goza en el obsequio y disfruta en su corazón. Quien de por sí rapiña, cediendo en su imprudencia, aunque sea menguado el hurto, helado se le queda el corazón» (*Los Trabajos y los Días,* 357-359).

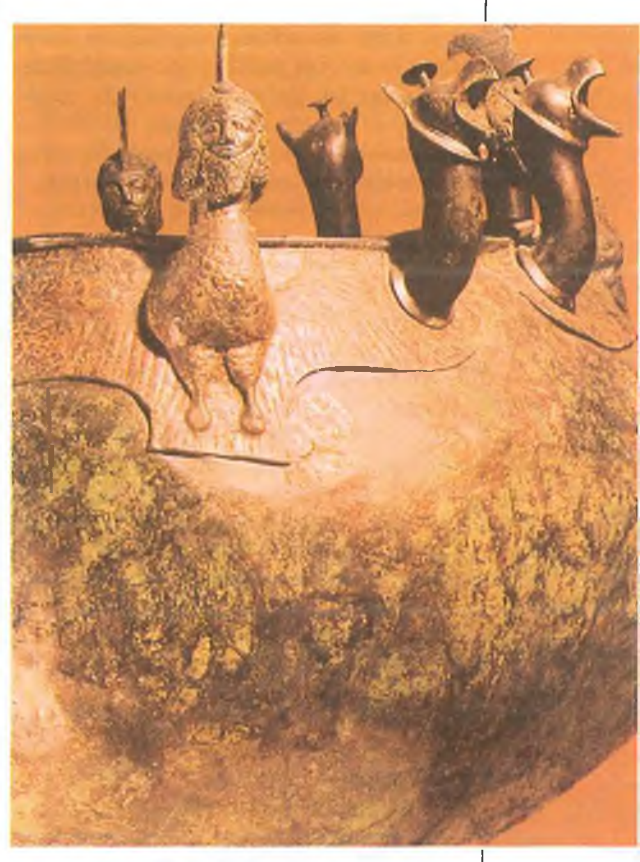
Quien acudía a los préstamos lo hacía porque no tenía recursos económicos para hacer frente a sus necesidades. Su tierra era la garantía fiable. Los aristócratas que, en definitiva, eran los que tenían mayores disponibilidades económicas, resultaban los mayores beneficiados del deterioro económico de los más débiles porque

acababan adquiriendo sus tierras. Un pasaje discutido de Hesíodo (*Los Trabajos y los Días,* 341) alude a las transferencias de propiedades fondarias: «Para que tú intentes adquirir el *kleros* de otro y no otro el tuyo». Para la historiografía moderna este pasaje es de obligada referencia con relación a la alienabilidad de la tierra en época antigua.

La fragmentación de los amplios grupos familiares en unidades más reducidas arrastró al mismo tiempo la fragmentación de los patrimonios fondiarios. Esto facilitaba el proceso que conducía hacia la pequeña propiedad, acelerado por la práctica griega de dividir el patrimonio entre los herederos. En cada generación mermaba el patrimonio por reparto herencial, a menos que se tuviera sólo un heredero para recibirlo íntegro: «Ojalá tengas un solo hijo para alimentar la casa paterna, porque así la riqueza se alimentará en la casa. Y así morirás viejo dejando en tu hijo un otro tú mismo». Así aconsejaba Hesíodo (*Los Trabajos y los Días,* 376-378).

Respecto a la herencia, los aristócratas no tenían costumbres distintas; por lo tanto, los repartos sucesorios también debieron afectar a los patrimonios fondarios. En sucesivas generaciones esperaríamos verlos mermados. Pero eso no ocurrió. La situación de partida era diferente. Inicialmente sus patrimonios eran más grandes. El control político que ejercían sobre la comunidad les permitía, quizá sin riesgos, la ocupación de tierras comunales. Por otra parte, sus disponibilidades económicas los capacitaban para poner en explotación las tierras no roturadas. Además, sus excedentes económicos les permitía prestar a campesinos desesperados e insolventes para luego apoderarse de sus tierras. Las concertaciones matrimoniales entre aristócratas también podrían paliar quizá los efectos del reparto sucesorio.

Eran las propiedades pequeñas de los empobrecidos campesinos las que estaban expuestas a los avatares de la fortuna. El resultado era que dentro del marco de la ciudad los aristócratas se hacían más ricos y los campesinos se veían lentamente desposeídos de sus patrimonios por deudas impagadas. Y esto ocurría en los momentos en que la defensa de la ciudad la asumían mayoritariamente los hoplitas y en los que las actividades comerciales y artesanales habían aumentado. Las desigualdades económicas sobre todo en la posesión de la tierra originarían conflictos sociales que tienen una mala lectura política: el *demos* pedirá mayor participación en los asuntos de la ciudad.



Vaso de bronce
hallado en Salamina de Chipre
(Siglo VII a.C.)
Museo de Chipre, Nicosia

II. Tiranías

En términos griegos, el tirano no es necesariamente un gobernante malvado. Bien es verdad que desde muy temprano esta palabra fue susceptible de llevar las connotaciones más negativas y que en el período clásico se desencadenaba la indignación general contra cualquiera que fuera sospechoso de querer constituirse en tirano.

1. Uso de la palabra

De acuerdo con el testimonio de los propios griegos, la palabra *týrannos,* de la que deriva el vocablo moderno «tirano», fue utilizada por vez primera por el poeta Arquíloco (*fragm.* 102, 22 D): «No me preocupa lo que posee Giges, rico en oro, ni ha hecho presa en mí la ambición ni envidio las acciones de los dioses, y tampoco me atrae la poderosa tiranía». Esta palabra no aparece en Homero ni es tampoco indoueropea. El hecho de que en el pasaje se aluda a Giges, que había dado muerte al rey de Lidia apoderándose del trono, hacía pensar que la palabra en cuestión era lidia y que la lengua griega, no disponiendo de otra, la había adoptado para significar esa forma peculiar de acceso al poder.

Pero la palabra *týrannis* resulta extraña a la lengua lidia, y a Giges no se le dió el apelativo de «tirano». Se han hecho otras propuestas: desde ponerla en relación con el etrusco *turan* (señor, señora), hasta relacionarla con el fenicio, en razón a que el hebreo utiliza la palabra *seran* para referirla a los jefes de los filisteos.

En el pasaje de Arquíloco no hay connotaciones negativas de carácter político. Se piensa que indicaría simplemente «dominio», algo que podía ser ambicionado por gentes diversas. De esa ambición de dominio proclama haberse apartado Solón (23, 8-13): «Y si respeté mi patria y no me entregué a la amarga violencia de la tiranía, manchando y deshonrando mi fama, no me avergüenzo de ello: pues creo que así superé más aún a todos los hombres». En sus palabras tampoco hay connotaciones que den a entender la utilización de la palabra tiranía en términos y acepciones políticas. En las luchas intestinas entre los sectores sociales de Atenas, Solón no tuvo ambiciones personales, no deseó la tiranía, es decir, no actuó con dureza y opresión contra los aristócratas ni contra el pueblo. Una actuación violenta, que descalifica, es lo que entendía por obrar «tiránicamente». Pero en la tragedia y en la poesía coral las palabras *týrannos* y *basiléus* eran sinónimos, sin que su uso en estos gé-



Templo de Apolo en Corinto
(Mediados del siglo VI a.C.)

neros literarios tuviese acepciones peyorativas. Píndaro denomina a Hierón de Siracusa *týrannos y basiléus,* sin que con ello el siracusano sienta dañados su posición y prestigio. Incluso en el terreno religioso *týrannos* era un epíteto dirigido a la divinidad.

Pero también existían otras formas de utilizar la palabra y de considerar la institución. Las ciudades griegas que habían desarrollado sus propias constituciones tenían conciencia de que la supresión de las monarquías había sido una condición previa para ello y veían siempre como una amenaza la vuelta de la misma.

Aunque los términos monarquía y tiranía se manejaban con cierta indiferencia, la valoración íntima que algunos autores antiguos tenían de la una y de la otra eran distinta. Así Heródoto, para denominar a los reyes del Próximo Oriente, emplea generalmente la palabra *basiléus,* y con menos frecuencia, *týrannos;* pero para designar a las tiranías que surgen en las ciudades griegas utiliza primordialmente el término «tirano», aunque también a veces el de *basiléus* o *mónarchos.* Esta utilización no totalmente diferenciada de los términos no es óbice para que valore negativamente la actuación de los tiranos atenienses.

Tucídides (I, 13) insiste en las diferencias cuando dice que «antes había monarquías hereditarias con atribuciones limitadas», lo cual supone que, en su opinión, los tiranos no son hereditarios ni tienen límites a sus privilegios, por más que algunas familias tengan sucesión familiar y moderen sus atribuciones.

Basiléus es, pues, el término apropiado para los antiguos reyes hereditarios y para ciertas formas de pervivencia de éstos, como los magistrados llamados *«basiléis»* en Atenas y en otros lugares. Tirano era la palabra apropiada para alguien que accedía al poder de un modo irregular en una ciudad; y ése es el sentido descalificador que asumirá la palabra durante el siglo IV a. J. C., y del que se harán eco pensadores políticos como Aristóteles y Platón. De hecho, el dar muerte al tirano, como ocurrió en Atenas, pasó a ser considerado como una acción admirable.

La palabra tiranía se asumió porque era útil contar con un vocablo para un fenómeno nuevo, el tirano, aquel que encabezaba la lucha contra los aristócratas y ejercía el poder de forma absoluta.

2. Explicaciones de la aparición de la tiranía

El régimen tiránico fue una forma transitoria por la que pasaron en Grecia las ciudades más evolucionadas desde el punto de vista social, económico y político. Las menos avanzadas en estos aspectos, o que contaban con un conservador inmovilismo constitucional, cerraban más fácilmente su posible génesis.

2.1. Tiranía y desarrollo económico

Tucídides vincula la aparición de las tiranías al desarrollo económico: «Al hacerse Grecia más poderosa y adquirir aún más riquezas que antes, surgieron, en general, en las ciudades tiranías, pues los ingresos crecían» (I, 13). Tucídides, en la aparición de la tiranía, hace una lectura económica; pero no da una explicación escalonada y progresiva dentro de un esquema de cómo mayor riqueza y tiranía pueden estar tan íntimamente relacionadas. Su relación tiene validez asumiendo que el aumento de riqueza y la ampliación de las relaciones mercantiles favorecidas por un desarrollo mayor de la navegación incidieron y agravaron las tensiones existentes en las ciudades, favoreciendo de esta manera la emergencia de las tiranías.

Tucídides contempla la aparición de las tiranías bajo el prisma del desarrollo económico; Aristóteles (*Política*, 1310 b), desde el punto de vista de los procedimientos a través de los cuales el tirano adquiere su poder despótico: «La realeza surge para la defensa de las clases superiores contra el pueblo, y el rey se nombra entre aquéllos por su superioridad en virtud, o en las actividades que de la virtud derivan, o cualquier superioridad de la misma índole; el tirano sale del pueblo y de la masa contra los elementos destacados, para evitar que el pueblo sufra injusticia por parte de ellos. Esto se pone de manifiesto en lo ocurrido, porque prácticamente la mayor parte de los tiranos han nacido, por así decirlo, de demagogos que habían obtenido la confianza (del pueblo) por sus ataques a la clase superior. En efecto, entre las tiranías, unas se establecieron de ese modo cuando las ciudades habían crecido; otras, anteriores a ésas, surgieron de reyes que transgredían las normas tradicionales y tendían a un mando más despótico; otras, de candidatos elegidos para las magistraturas principales (porque antiguamente las asambleas nombraban a los magistrados, tanto civiles como religiosos, para mucho tiempo) y otras, de las oligarquías, al elegir a uno sólo para las principales magistraturas. Todas estas variedades (de tiranía) tenían posibilidad de imponerse fácilmente, sólo con que decidieran hacerlo, ya que contaban previamente con la fuerza necesaria, unas las del poder real y las otras las de la magistratura en cuestión. Así, Fidón de Argos y otros tiranos se constituyeron en tales, siendo reyes; los de Jonia y Falaris, a partir de las magistraturas; Panecio en Leontinos, Cipselo en Corinto, Pisístrato en Atenas, Dionisio en Siracusa y otros igualmente, a partir de la demagogia».

El agudo análisis de Aristóteles se limita a señalar los diversos procedimientos utilizados por los tiranos en la conquista del poder y a indicar la existencia de tensiones sociales entre el pueblo y los nobles, o entre la nobleza y la burguesía, debida esa tensión a un abuso del poder por parte del primer elemento sobre el segundo. Pero se trata de una visión que no intenta abordar la raíz originaria de la tiranía.

Durante los siglos VII y VI a. J. C., las ciudades griegas más avanzadas están convulsionadas por tensiones sociales en las que intervienen diversos sectores sociales: un campesinado macerado en el infortunio, sin

horizontes de que la aristocracia quiera dar una adecuada solución a su desgracia; los deseos del sector artesanal y comercial, cada vez más amplio, de encontrar un espacio político en la ciudad y no ser meros comparsas de las decisiones de los aristócratas; el nuevo y decisivo papel que asumen en la defensa de la ciudad los ciudadanos incorporados en la falange de hoplitas, sin que tengan todavía la apropiada contrapartida política. En definitiva, en las ciudades avanzadas, los diversos sectores sociales que componían el demos tenían una serie de aspiraciones y de anhelos que la cerrazón aristocrática cercenaba y limitaba. Las aspiraciones frustradas de estos sectores sociales, a los que podría sumarse los propios deseos de los tiranos de hacerse con el poder, propician la aparición de la tiranía desde el momento en que hay sectores sociales que están dispuestos a proporcionar su apoyo a la persona que sienta aspiraciones tiránicas. En consonancia con la realidad socioeconómica de cada ciudad, algunos de estos elementos considerados asume una participación más decisiva en la aparición de la tiranía.

Parte de la historiografía moderna insiste en diversas causas económicas como medio explicativo de las tiranías. No todas ellas son aceptables. Así, Ure subraya el papel de la moneda como elemento creador de una clase económica de base monetal, enfrentada a los aristócratas terratenientes, y cuyo enfrentamiento llevaría a la tiranía. Esta opinión, planteada en estos términos, tiene elementos inconsistentes. Por un lado, porque la aparición de la moneda, al margen de la cuestión de cuál fuera su función inicial, aconteció con posterioridad a la introducción de algunas tiranías; por otro lado, porque la aristocracia no permaneció ajena a la utilización de la moneda ni dejó de participar intensamente en las actividades mercantiles, que eran el medio favorable de dar salida directa o por medio de intermediarios vinculados a ella a sus excedentes agropecuarios. Esto no quiere decir que la moneda no esté ligada en buena parte a la época de las tiranías, sino que no fue causa directa de ellas.

Otros autores modernos insisten, con los indicios al caso, en la gran transformación experimentada por la economía griega durante el período precedente a las tiranías. Llaman la atención sobre el crecimiento del sector comercial, que estaba interrelacionado y que era complementario del sector artesanal. Este último, que en tiempos anteriores estuvo circunscrito primordialmente a satisfacer las exigencias del mercado interior, y, por lo tanto, estaba sometido a las fluctuaciones de la demanda y de la valoración internas de ese mercado restringido, empezaba a ver ampliadas sus posibilidades de colocación de productos, conforme el sector comercial extendía los mercados exteriores. Indudablemente que los dos sectores económico-sociales tienen puntos de interesada coincidencia y los dos manifiestan un dinamismo que distaba bastante de la apagada amargura del campesinado empobrecido; pero que constituyese una clase social sólida y que tuviese su propia plasmación en la exigencia política de mayores concesiones, que llevarían como salida a la tiranía, es ya una cuestión distinta y discutible. Pero ésta es la explicación más recurrente de la ciencia marxista en el sentido de que esta «clase rica», distinta de la aristocracia de la tierra, cansada de que los aristócratas monopolizaran el poder político, impulsaron una especie de revolución que puso en el poder a un gobernante único, que se hizo responsable de la defensa de sus intereses, al mismo tiempo que de los campesinos empobrecidos y los de la clase artesanal.

No es fácil establecer en qué medida disputaron el poder a los aristócratas estos nuevos ricos y hasta qué

punto fueron ellos —a los campesinos se tiende a considerarlos como elementos pasivos— los que llevaron al poder a los tiranos. No obstante, no deja de llamar la atención el hecho de que los primeros tiranos aparecieran en las ciudades de mayor actividad comercial, como eran las de Asia Menor, las islas y las ciudades del Itsmo de Corinto.

Ciertamente, en la poesía griega arcaica no es infrecuente el tema de la defensa del nacimiento aristocrático como valor social y político frente al nuevo valor social que va adquiriendo la riqueza. Con crudas palabras se refiere Alceo (*fragm.* 360) a la nueva situación en la que la riqueza se rige en medida de referencia social: «Dicen que Aristodemo profirió en Esparta una vez una sentencia nada estúpida: el hombre es su dinero; no hay ningún pobre honrado ni estimado». Y ya señalamos anteriormente, con ocasión de la discutible posibilidad de una clase basada económicamente en las actividades comerciales e industriales, los pasajes en los que con amargura Teognis alude a las gentes de buena cuna que no sienten escrúpulos a la hora de mezclar su sangre con personas de bajo origen enriquecidas, y cómo estas últimas han tenido acceso al poder en la ciudad. Pero esto no es una causa directa que explique la aparición de las tiranías.

O. Murray y una parte de la historiografía actual no ven a los tiranos como cabecillas, contra los aristócratas, de esas gentes enriquecidas. Piensan, más bien, que los cambios y el desarrollo económico han generado un marco de relaciones sociales más permeable, una mayor libertad de pensamiento y una capacidad reivindicativa en función de las cuales habría que colocar y relacionar la aparición de la tiranía.

2.2. Tiranía y hoplitas

En el texto de Aristóteles anteriormente ofrecido *(Política,* 1310 b) no se alude a la falange de hoplitas como elemento de apoyo en el surgimiento de la tiranía. Pero a la perspicacia de Aristóteles *(Política,* 1289 b) no se le escapa la relación que guarda la organización militar y la forma de gobierno adoptada: «La causa de que existen diversos regímenes es que toda la ciudad tiene varias partes. En primer lugar, vemos que todas las ciudades están compuestas de familias; después, de esta muchedumbre, forzosamente unos son ricos, otros probres y otros de condición intermedia, y los ricos están armados y los pobres sin armas. Del pueblo unos vemos que son campesinos, otros comerciantes y otros obreros. Aun entre los ciudadanos distinguidos se establecen diferencias según la riqueza y la magnitud de su hacienda, por ejemplo, por la cría de caballos; esto, en efecto, no pueden hacerlo fácilmente sino los ricos, y por eso en los tiempos antiguos todas las ciudades cuya fuerza consistía en caballería estaban gobernadas por oligarquías, y utilizaban los caballos en las guerras contra sus vecinos; así los eritreos, los calcidios y los magnesios de las orillas del Meandro y otros muchos pueblos de Asia». La consecuencia lógica del pensamiento de Aristóteles era, por más que él no lo señale en ese caso concreto, que, si la falange de hoplitas suponía una forma de combate distinta a la anterior, este hecho ofrecía en consecuencia la posibilidad de afectar a la forma de gobierno anterior.

La historiografía moderna ha llamado la atención sobre el impacto que debió de producir en la conciencia política de la clase media la introducción del sistema militar de los hoplitas.

En la forma tradicional de lucha los nobles intervenían como jinetes y la gente del pueblo no desempeñaba apenas papel alguno; pero a media-

dos del siglo VII a. J. C. el pueblo se había convertido en algo vital para la defensa de la comunidad, debido a que parte de la mayor eficacia de la formación hoplita dependía de su número. Desde el momento en que un contingente cada vez mayor del demos proporciona defensa a la comunidad —se ha supuesto— reclama una parte proporcional en el gobierno de la misma y, como no tiene madurez suficiente para tomar el gobierno por sí mismo, apoya como paladín a un aspirante a la tiranía. Quizá, en algunas ocasiones, el tirano ha podido ser un jefe miliar al que una victoria importante proporciona la ocasión para hacerse con el poder. En cualquier caso, al final del período correspondiente a las primeras tiranías la Asamblea se ha identificado prácticamente con la masa de hoplitas.

El diagnóstico de Aristóteles y de otros autores antiguos ha debido acercarse bastante a la realidad cuando considera que los tiranos fueron en general líderes del *demos* en oposición a los aristócratas. El núcleo de la masa popular lo constituían, como hemos indicado, los hoplitas, que desde el punto de vista social no se diferenciaban sensiblemente del resto de los sectores sociales del *demos*. Por eso, cuando los hoplitas daban el apoyo a un tirano, podemos entender en ello que era el pueblo quien lo otorgaba.

2.3. Tiranía y factor racial

Andrewes (1956) supone que la tensión racial entre dorios y no dorios habría sido la causa principal del establecimiento de la tiranía en Sición. Sin embargo, su argumentación, que, como luego veremos, arranca de unas observaciones de Herodoto sobre las medidas del tirano de Sición, Clístenes, ha sido duramente criticada por E. Will, que ofrece una interpretación diferente al pasaje de Heródoto. En el mismo sentido, C. Mossé descarta al factor racial como determinante de la aparición de la tiranía de Sición y con mayor razón en el resto de las ciudades.

2.4. Tiranía y deseo de prestigio

La tiranía era una forma nueva de gobernar, que tuvo éxito en una fase evolutiva de la sociedad griega. Como toda novedad que tiene éxito y prospera, adquiere una capacidad de fascinación que acaba por convertirse en moda. Si, además, se da el caso de que esa fascinación que sienten algunos personajes por la tiranía se ve favorecida por el apoyo que prestan a su implantación determinados sectores sociales, y los mismos tiranos de otras ciudades, se tiene, de esta manera, otra de las claves que explican su difusión. En este sentido, R. Drews, sin dejar de reconocer la importancia de las condiciones políticas, económicas y sociales en relación con el nacimiento de las tiranías, ha llamado la atención sobre lo que él considera la causa directa de las mismas, a saber, el deseo de poder y prestigio, o filotimía. Y no la filotimía de los campesinos medios, de los comerciantes enriquecidos o de los no-dorios, sino más bien la filotimía de los individuos que aspiraban a convertirse en tiranos. De hecho Berve llama la atención sobre el egotismo y la ostentación que los propios griegos consideraban como rasgos característicos de los tiranos. Drews se fija en el hecho de que Cípselo pudo ser ayudado en su golpe militar por tropas no corintias, Teágenes pudo serlo por una guardia personal, y la intentona del ateniense Cilón, por hoplitas de Mégara; la semejanza de estos golpes con el del lidio Giges, que fue ayudado por carios y la del egipcio Psamético, que acabó con la dominación asiria sobre su país gracias a soldados carios y jonios, es, en efecto, muy grande, y ello hace pensar a Drews que, cualquiera que fuera la importancia de los hoplitas o de los merce-

narios en los distintos golpes, se trataba de profesionales que luchaban en apoyo de sus jefes y no tanto de ciudadanos armados luchando por liberarse a sí mismos de una opresión aristocrática. De este modo, el móvil real de algunos tiranos habría sido el afán de poder, viéndose estimulados en su audacia, por los precedentes de Giges y de Psamético. Se trata de otra forma moderna, poco convincente, pero atractiva, de explicar la causa de la aparición de algunas tiranías determinadas.



Ariadna en un relieve de un pithos de las Cícladas
(Mediados del siglo VII a.C.)
Museo de Antigüedades, Basilea

3. Actuación y fundamentos de la tiranía

La tiranía no supuso un cambio en las instituciones imperantes. Las antiguas magistraturas no se suprimen sino que pasan a ocuparlas las personas afectas al tirano. Las iniciativas del Consejo y las aprobaciones de la Asamblea están orientadas en la penumbra por las pautas marcadas desde el poder personal del tirano. Bajo la tiranía la vida institucional es un juego interesado de máscaras, de contenido y representación diversa en cada ciudad, en el que el tirano, como director de escena, debe intuir y propiciar en cada momento y lugar qué sector social debe resultar favorecido y quién debe aparecer como malo. La aparente continuidad institucional no puede ocultar el abusivo poder personal y su reflejo en la vida real. Ante la tiranía los comportamientos de los distintos sectores sociales no había sido uniforme. Los aristócratas habían perdido el control político. El resentimiento de la vieja clase oligárquica, celosa de sus privilegios, podía atravesar momentos de letargo, pero no estaba muerto. En cualquier momento podía aflorar, y los tiranos, cuando la ocasión lo requería, tomaban contra ella medidas cautelares. Dentro de una información escasa se pueden espigar algunas alusiones a iniciativas antiaristocráticas: entre ellas, el quebranto económico que les causó el tirano Teágenes de Mégara. También Heródoto (V, 92) refiere el consejo que el tirano Trasíbulo de Mileto dio al tirano Periandro, en el sentido de que «cortara las espigas que sobresalían», es decir, que acabara con aquellos aristócratas que descollaban.

Otros sectores sociales no sólo no se opusieron al ascenso al poder del tirano sino que lo habían favorecido. El simple cambio de amo resultaba una satisfacción psicológica muy

pobre. Sus aspiraciones iban más allá y tenían otro contenido que el tirano no podía desatender, pues, aunque tenía los resortes del poder en sus manos, necesitaba contar con el apoyo de los sectores sociales que le auparon.

No es necesario inquirir demasiado para conocer que estas aspiraciones tenían primordialmente un matiz económico. La desocupación y la crisis agraria afligían a la ciudad aristocrática. Las propiedades aristocráticas confiscadas en Corinto por la tiranía fueron distribuidas entre los campesinos. En Atenas, Pisístrato buscó la rentabilidad de las tierras del campesinado promocionando, con subvenciones y préstamos, la transformación de las tierras dedicadas al cultivo cerealista en viñas y olivares. Todo esto son pequeños indicios-guía que no aclaran demasiado hasta dónde llevaron los tiranos las medidas protectoras del campesinado. En cualquier caso, de una manera general, la tiranía supuso un límite a las ambiciones de los aristócratas y un relajo de sus desmedidas apetencias respecto de las pequeñas propiedades.

El campesino debía continuar trabajando la tierra y no acudir a la ciudad para engrosar las filas de los trabajadores urbanos. Para ello, el tirano Pisístrato habilita un cuerpo de jueces itinerantes que les permiten resolver sus asuntos sin necesidad de acudir a la ciudad. El tirano Periandro les prohibió sin más la entrada.

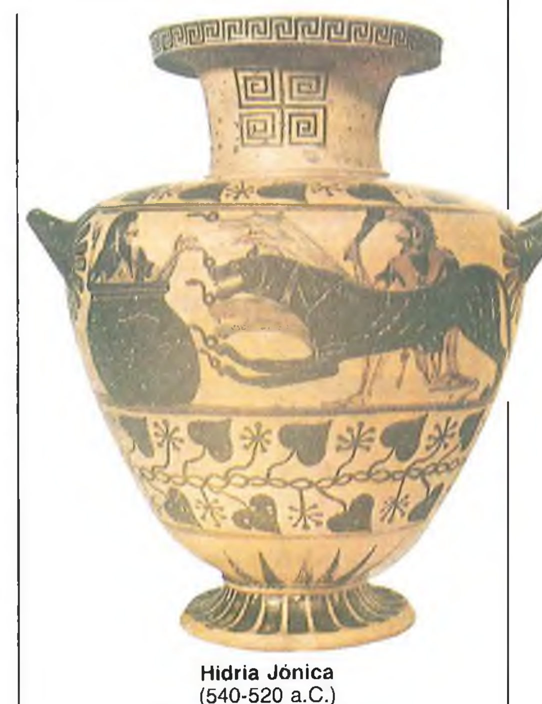
Puede vislumbrarse qué podía haber detrás de estas disposiciones ocasionales y no generales a todas las ciudades tiránicas.

A falta de una legitimidad política —cualquiera que sea la forma e intensidad con que los tiranos la hayan sentido y que pudo ser muy poca— los tiranos buscaron procedimientos culturales y materiales más directos de reforzar su prestigio ante la sociedad. Sus ciudades estuvieron frecuentadas por poetas y artistas y se vieron adornadas con suntuosas construcciones públicas de carácter civil y religioso. Periandro de Corinto construyó el camino *(díolkos)* a través del Itsmo para facilitar el transporte por tierra, de uno a otros mares, de las naves, evitándose de esta manera una travesía larga y peligrosa. En la misma ciudad se construyó la fuente Pirene. También los tiranos Teágenes y Polícrates realizaron obras públicas en sus respectivas ciudades, construyendo acueductos. Es posible que con estas obras se persiguiera una finalidad prestigiadora de la tiranía. Algunas, además, tienen una clara utilidad pública. Es posible también que con estas obras se busque, como señala Aristóteles, mantener ocupada a la gente para evitar el ocio conspirador. Pero, cualesquiera que sean las intenciones primarias de tales construcciones, es innegable que, aunque sea con carácter subordinado, proporcionaron trabajo a la población urbana. Pero las obras dan trabajo mientras se construyen. Acabadas éstas, si no hay a disposición otra ocupación, las gentes anteriormente empleadas nutrían las filas de los parados, caldo de cultivo del descontento. Quizá entonces la prohibición de la entrada de los campesinos en la ciudad pudiera estar motivada por el deseo de impedir que éstos se sintieran atraídos por un trabajo remunerado, que, aunque fuese coyuntural, no estaba sometido como el agrario a las constantes contingencias atmosféricas. La instalación de parte del campesinado en la ciudad hubiera acabado por aumentar peligrosamente el número de gentes desocupadas.

Es, sobre todo, en la política religiosa donde los tiranos intentan legitimar y consolidar su poder. Algunos oráculos elaborados con posterioridad habían predicho el acceso de determinados tiranos. Su piedad se manifestaba con ostentación haciendo generosas ofrendas a los santuarios panhelélicos. En este sentido, los tesoros de

Mégara, Corinto y Sición en el santuario de Delfos y las ofrendas en Olimpia podrían ser una muestra. Esta expresión de piedad con fastuosidad lleva a la construcción de templos como el Heraión por Polícrates de Samos. Establecen fiestas y juegos en honor de divinidades panhelénicas y populares y favorecen el culto de divinidades estimadas como más cercanas al pueblo que a los aristócratas.

Esta manera de fundamentar el poder y prestigio de la tiranía resultaba para las gentes sencillas del *demos* más íntima, querida y próxima que el prestigio basado en las relaciones con otras tiranías y en las concertaciones matrimoniales entre ellas, aspectos estos que, aunque constituyesen un elemento más de fascinación entre las masas, eran algo alejado del círculo de sus intereses económicos más inmediatos y de la esfera de sus sentimientos religiosos.



Hidria Jónica
(540-520 a.C.)
Museo del Louvre, París

4. Fin de la tiranía

Las tiranías habían logrado cercar el poder de los antiguos aristócratas y compensar de alguna manera a aquellos sectores que las habían apoyado. Pero, por lo que respecta a las reivindicaciones populares, el papel histórico de las tiranías se había agotado.

Los primeros tiranos, al margen de la valoración que merezcan sus actuaciones, mostraron unas habilidades y unas capacidades suficientes para apoderarse del poder y consolidarlo con una política de prestigio. Por inercia, el régimen tiránico tendía a hacerse hereditario, esto es, a adquirir esa característica peculiar de las monarquías legítimas. Pero se trataba de un régimen anómalo y transitorio, cuya continuidad requería en el sucesor unas cualidades iguales o superiores al que instauró la tiranía. Y esto no quedaba garantizado. Heródoto (V, 92) refiere la respuesta del oráculo de Delfos a la pregunta realizada en este sentido por el tirano Cípselo: «para él, para sus hijos, pero no para los hijos de sus hijos». La mayor o menor duración de las tiranías dependió de las circunstancias particulares de cada ciudad.

En la mayoría de los lugares se procedió al derrocamiento de las tiranías. En unos casos se hizo de forma cruenta, en otros con el simple trámite del destierro. En general, sin ensañamiento. El subsiguiente vacío de poder se cubrió de manera diversa. En Mégara el poder pasó temporalmente a la aristocracia. En Corinto se estableció una oligarquía moderada y mezclada, en la que participaron la aristocracia de cuna y las personas enriquecidas. En Mileto, el derrocamiento de la tiranía sumió a la ciudad en el caos de los enfrentamientos entre facciones de ricos y pobres.

III. Tiranías de Jonia e islas adyacentes

En las ciudades de Asia Menor e islas adyacentes los regímenes tiránicos se dieron con frecuencia. Lo que ocurre es que de muchas tiranías nuestra información se reduce al conocimiento de los nombres de los tiranos, como Anficles y Polítecno de Quíos, Ortige de Eritras o Píndaro de Efeso. En otras ocasiones, la información, aunque escasa, permite adelantar una imprecisa explicación.

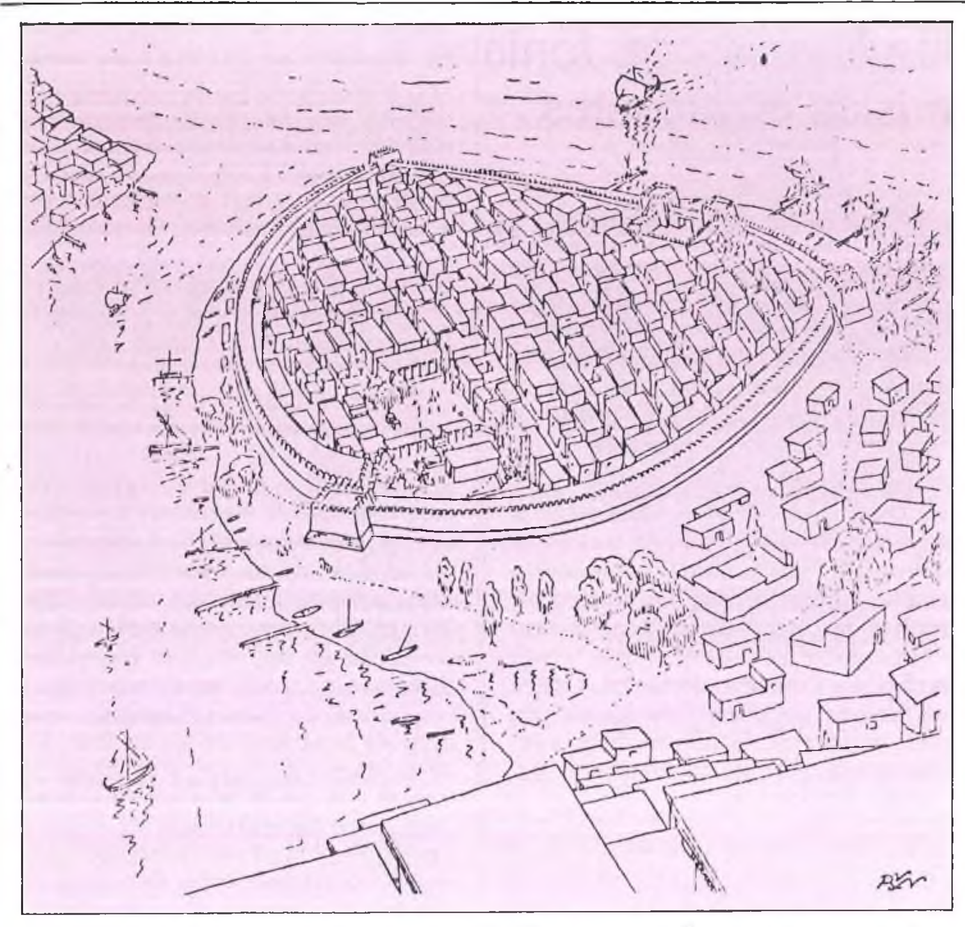
1. Tiranía en Naxos

La isla de Naxos es la más importante de las Cícladas y, por tanto, no tiene una situación geográfica próxima a las costas de Asia Menor. Su inclusión en este apartado es, por tanto, convencional.

En la época arcaica la isla se significaba por su producción de mármol blanco y de la lija necesaria para pulirlo. La isla conoció la tiranía de Lígdamis. De ello nos informan Heródoto y Aristóteles. Lígmadis respondía al tipo de personaje aventurero y audaz, tan frecuente, por otra parte, en la época arcaica. Cuando Pisístrato intentó regresar a Atenas, este aventurero puso a su disposición recursos económicos y tropas mercenarias. Ignoramos qué razones le impulsaron para rodearse de mercenarios y seguir este género de vida. El había salido de las filas de la aristocracia, como expresamente señala Aristóteles *(Política,* 1305 a): «y especialmente cuando se da el caso de que el paladín *(hegemón)* surge de los mismos oligarcas, como en Naxos Ligdamis, que después fue tirano de los naxios». En un momento posterior, y en agradecimiento a la ayuda prestada, Pisístrato contribuyó decididamente a colocar a Lígmadis en la tiranía de Naxos. Desconocemos cuál fue la política seguida por este tirano respecto a los grupos sociales de la ciudad. Ignoramos si se apoyó en alguno de ellos. Su derrocamiento se debió a una intervención espartana que impuso un gobierno oligárquico.

2. Tiranía en Mitilene

La isla de Lesbos tenía dos ciudades importantes: Metimma y Mitilene. Esta última participó en el proceso colonizador, fundando la ciudad de Ainos. La ciudad de Mitilene estaba gobernada por el *genos* aristocrático de los Pentílidas, que se hacían descender de Pentilo, hijo de Orestes, legendario fundador de la ciudad. Pero al lado de éste había otros *gene* aris-



Reconstrucción ideal de la ciudad de Esmirna
(En el siglo VII a.C.)
(Según Nicholls)

tocráticos. A uno de ellos pertenecía el poeta Alceo, cuyas poesías sirven de cañamazo en la reconstrucción de las intrigas en las que estaban inmersos los *gene* aristocráticos y las facciones que los apoyaban.

De acuerdo con Aristóteles *(Política,* 1311 b) la actuación indiscriminada y violenta de los Pentílidas fue utilizada como pretexto por sus adversarios para derrocarlos: «como ocurrió en Mitilene, donde Megacles, con sus amigos, atacó y asesinó a los Pentílidas, que iban de un lado a otro golpeando con palos a la gente».

Desconocemos qué hechos inmediatos se sucedieron tras este asesinato. Hacia el 610 a. J. C. se tiene noticias de que un tirano, llamado Melancro, fue expulsado por facciones aristocráticas de la que formaban parte Pítaco, Alceo y su hermano. De las perturbaciones subsiguientes emerge Mirsilo como tirano. Durante esta tiranía Alceo y Pítaco, dos de los personajes que habían intervenido en el derrocamiento de la tiranía anterior, participan, con suerte diversa, en la guerra que Mitilene sostiene contra la colonia ateniense de Sigeo. En ella Pítaco mató al jefe ateniense, mientras que Alceo, como él mismo recuerda, se salvó abandonando sus armas: «Alceo está a salvo, pero sus armas de guerra no lo están. Los atenienses las han colgado en el templo

de la diosa de ojos azules» *(fragm.* 428). El tirano Mirsilo murió, y Alceo exhorta a sus partidarios a celebrar su muerte: «Ahora debemos emborracharnos, beber hasta la saciedad, porque Mirsilo ha muerto» *(fragm.* 332). Si Alceo abrigaba alguna secreta aspiración para él y su facción, enseguida se llevó un desengaño. La guerra contra Sigeo había prestigiado a Pítaco lo suficiente como para que un sector, al menos, de sus conciudadanos le confiase el poder.

Aristóteles *(Política,* 1285 a) dice que Pítaco era un *asymnétes,* explicando que los así llamados eran una especie de tiranos electivos, los cuales recibían un mandato vitalicio, o bien por un tiempo determinado —por diez años lo fue Pítaco— o para resolver un asunto concreto. Se trata de una forma intermedia entre la tiranía y la realeza, teniendo de la primera —Alceo y Plutarco llaman a Pítaco tirano— el ejercer un poder absoluto por encima de todas las leyes y de la segunda el no haber accedido a ella por la fuerza. Alceo *(fragm.* 348) se ceba en la figura de Pítaco llamándole plebeyo: «al plebeyo Pítaco han erigido como tirano de esa ciudad que no tiene sentido y está maldita; todos juntos vociferan sus alabanzas».

La tradición alaba su sentido de la justicia y de la moderación, incluyéndolo en la lista de los Siete Sabios de Grecia. Todo esto puede estar en relación con sus leyes, tendentes a moderar el lujo y gasto de los aristócratas y a limitar sus competencias sociales.

Fuera de estos aspectos desconocemos en qué consistió su actividad política contra los aristócratas y de qué modo dio cumplimiento a las aspiraciones de las gentes que lo eligieron. En este sentido, podría valorarse la información aportada por Diodoro *(fragm. libro IV)* de que: «distribuyó a cada uno una parte igual, diciendo que el igual valía más que el más». De ser cierta esta referencia, y no estamos en condiciones de negarla, el cometido principal de la tiranía electiva de Pítaco sería la distribución de la tierra. Quizá el reparto de tierras acabó con los constantes conflictos que asolaban la ciudad. De todas maneras, no deja de resultar extraño que una medida tan importante y radical como sería la distribución de tierras no haya encontrado eco en los poemas de Alceo, cuyo odio reaccionaba ante motivos más futiles.

3. Tiranía en Mileto

Como lugar ocupado desde antiguo, Mileto tiene una prolongada historia. Si Mileto se correspondiese con la *Milawanda* de los archivos hititas, entonces este lugar habría pertenecido en el pasado al principado de *Ahhijawa.* Luego, en el relato homérico, el lugar se atribuye a los carios, a los que les fue arrebatado, según la tradición, por los nuevos emigrantes jonios conducidos por Neleo. Incluso algunos emigrantes llegaron a tomar por esposas a mujeres carias.

Esta continuidad histórica propició que ni en momentos anteriores a la época arcaica ni durante ésta, la ciudad estuviese ajena a las actividades comerciales. Estas se ampliaron e intensificaron como consecuencia de su expansionamiento colonial sobre la zona del Mar Negro y sobre Naucratis, en Egipto, donde los milesios establecieron una base comercial. Su comercio no se reducía a exportar sus lanas, aceite, vino y cerámica —cerámica milesia se ha encontrado en diversos lugares de la cuenca del Mar Negro— y a importar trigo, pieles, ámbar y esclavos, sino que los milesios asumieron también un papel de revendedores y de intermediarios comerciales.

Durante la época arcaica su dinamismo comercial y su capacidad de resistencia, con lo que debió suponer



Situación de Mileto

EL MAR:	actualmente.
a finales del siglo II.	en el siglo I d.C.
en el siglo V a.C.	en la época.

de organización militar, no decayó a pesar del acoso lidio. Parece, pues, que la mayor parte de los elementos con los que está relacionada la aparición de la tiranía se daban en Mileto.

Inicialmente el poder lo estuvo ejerciendo el *genos* real de los Neleidas, que según el relato tradicional, remontaban su origen hasta Neleo, personaje mítico que había llevado a cabo el asentamiento jonio en la ciudad. Como en muchas ciudades griegas, el poder político asumido por este *genos* real pasó luego, quizá con anterioridad al siglo VI a. J. C., a manos de los aristócratas. En el nuevo régimen oligárquico la máxima autoridad se ejercía a través de la magistratura denominada pritanía. Y parece que fue durante el ejercicio de esta magistratura suprema de la ciudad, y favorecido quizá circunstancialmente por la prolongada lucha que sostenían contra los lidios, cuando Trasibulo de Mileto asumió la tiranía.

Las fuentes de información no señalan a ningún grupo social como impulsor directo de la tiranía. Tampoco nos aclaran si la pritanía, suprema magistratura de la ciudad, tenía unos cometidos civiles, militares o ambos a la vez, ni si fueron las necesidades de política exterior y las exigencias de la guerra las que movieron a Trasibulo a asumir la tiranía. Cuando Heródoto (I, 20) se refiere a los acontecimientos de la guerra sólo indica que Trasibulo, amigo del tirano Periandro de Corinto, era «entonces tirano de Mileto» y que, desde su posición de tirano, condujo la guerra contra el rey lidio Aliates y luego suscribió la paz.

Si no sabemos qué sectores sociales lo apoyaron, tampoco conocemos la política seguida respecto a los mis-

mos. La anécdota referida por Heródoto sobre el consejo dado por Trasibulo al tirano Periandro en el sentido de cortar las espigas que sobresalieran del resto, a fin de mantener a la ciudad más segura bajo su poder, hace pensar que su política fue antiaristocrática. Pero hay que recordar, no obstante, que Aristóteles refiere la historia al revés, atribuyendo el consejo a Periandro.

La historiografía moderna trata de aclarar la incertidumbre respecto del sector social que propició la tiranía, remitiendo a los comienzos de ésta los enfrentamientos sociales subsiguientes a su derrocamiento.

La lucha estaba entablada entre la facción de los *ploutis* («los ricos»), que se denominaban también con el nombre de *aeináutai* («los que siempre navegan»), y la de los *cheiromáchai* («aquellos que combaten con sus manos»). La transposición de estos nombres al terreno económico y social hacen ver en la facción *ploutis* a los ricos propietarios de tierras, que además disponían de los adecuados medios de transporte naval para colocar sus excedentes en los mercados más rentables. Por el contrario, el nombre de la facción de los *cheiromáchai* encaja mejor con la fuerza hoplita, compuesta primordialmente de propietarios pequeños y medianos, cuyas rentas les permitían comprarse el armamento hoplítico.

En esta suposición, los contrastes económicos entre la gran propiedad fondaria de los aristócratas y la pequeña propiedad, agravados por un mayor control comercial marítimo por parte de los primeros, serían la causa de los enfrentamientos político-sociales de las facciones y, remitiéndolos hipotéticamente al pasado, el motivo del surgimiento de la tiranía.

A finales del siglo VI, Mileto, al igual que otras ciudades de Asia Menor, conoce nuevas tiranías. Pero se trata de tiranos —gobernadores— al servicio del rey de Persia.

El mundo de Hecateo
(Según Klausen)



4. Tiranía en Samos

La isla de Samos estuvo ocupada durante la Edad del Bronce. En la del Hierro recibió asentamientos jonios. Su situación privilegiada en las rutas comerciales propició su participación en el gran desarrollo comercial de la cuenca del Mediterráneo. Aunque sus actividades se centraron preferentemente en la parte oriental del Mediterráneo, no hay que olvidar que *Kolaios* de Samos alcanzó las costas del reino tartésico.

Su poderío naval —hacia el 704 a. J. C. Aminocles de Corinto construyó naves de guerra para los samios—, sus fructíferas actividades comerciales y su participación en la empresa colonial hicieron de Samos una de las ciudades más prósperas del Mediterráneo oriental.

Como el resto de las ciudades griegas, Samos conoció la realeza, pero con anterioridad al siglo VI a. J. C. la ciudad pasó a estar gobernada por una aristocracia de grandes terratenientes, si atendemos al nombre de *geomoroi* con el que éstos se-

Areas de expansión griega en el Egeo oriental

rán designados en el siglo V a. J. C.

El gran desarrollo económico y la prosperidad alcanzada por la ciudad hicieron de Samos un foco de intensa actividad cultural. La ciudad fue sede de arquitectos, escultores y broncistas como *Rhoecos, Theodoros* y *Mnesikles*. En ella estuvieron poetas y matemáticos como Íbico, Anacreonte y Pitágoras. La ciudad se vio adornada de monumentos civiles y hacia el 560 a. J. C. se construyó el templo de Hera.

El desarrollo económico alcanzado y la política de construcciones suntuarias debió de tener sus consecuencias en la composición social de la población. Y, aunque el control económico de estas actividades, y también el político, descansase en la importancia adquirida por los aristócratas, no hay dudas razonables para pensar que el sector comercial y artesanal debió de tener una importancia sustancial.

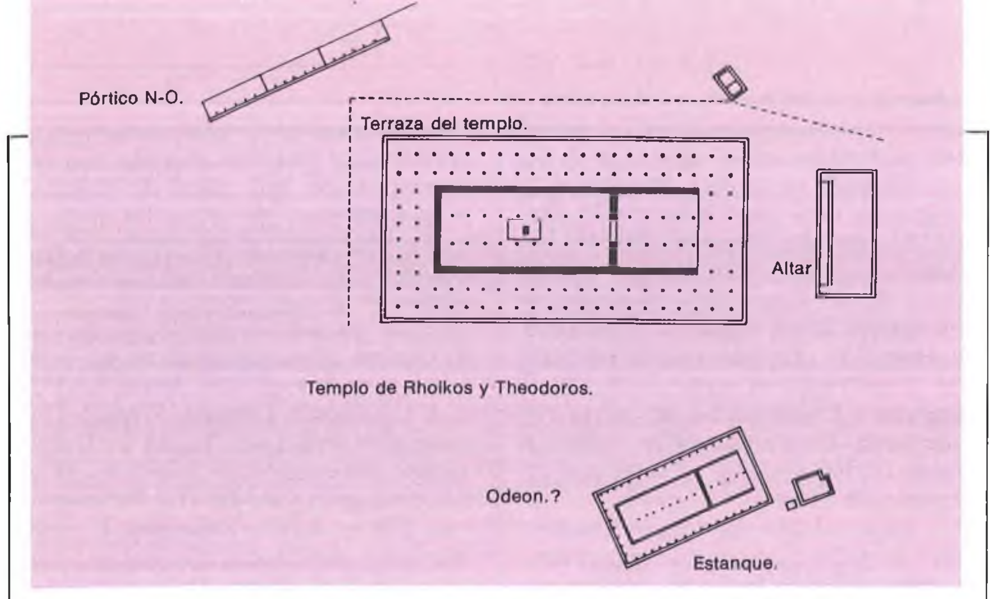
Por eso, al considerar la implantación de la tiranía en Samos, que se supone ligada a la figura de Polícrates, llama poderosamente la atención que, siendo Samos la ciudad más avanzada de la Jonia, no haya conocido antes la tiranía. De manera semejante extraña que Heródoto no mencione con anterioridad a Polícrates a ningún otro tirano. Determinados acontecimientos referidos a Polícrates y relacionados con otras figuras históricas conocidas parecen iniciados en una generación anterior. Todo esto plantea un problema cronológico.

Algunos de los historiadores modernos tratan de paliar estos inconvenientes remitiendo los acontecimientos a una cronología alta o baja, que tendría la misma validez, como sugiere Cl. Mossé. Otros, como M. White, ensayan otra solución, proponiendo que *Aiakes,* a quien Heródoto señala como padre de Polícrates, fuese su predecesor en la tiranía. J. P. Barron va todavía más lejos, desde el momento en que no sólo propone que hubo tiranías con anterioridad a Polícrates, sino que, de acuerdo con la interpretación que hace de fuentes poco explíticas, piensa que los problemas cronológicos se resolverían aceptando la existencia de dos tiranos llamados Polícrates, padre e hijo.

La secuencia cronológica de las hipotéticas tiranías propuestas por este autor sería la siguiente: Antes del 572 a. J. C.: Silosón I, tirano; 572 a. J. C.: tiranía de Polícrates I; 533 a. J. C.: «golpe de estado» de Polícrates II y sus hermanos, Silosón II y Pantagnotos; 529 a. J. C.: Polícrates II tirano único, y 522 a. J. C.: muerte del tirano por el sátrapa Oreites, que es fecha segura. En esta secuencia tiránica va situando los acontecimientos.

Parece que antes de la tiranía de Polícrates la ciudad de Samos estaba desgarrada por perturbaciones sociales de las que vanamente quiso sacar partido un tal Demoteles para constituirse en tirano. Mas, en el momento de la toma del poder por Polícrates, los enfrentamientos estaban bastante amortiguados, pues Polícrates sólo utilizó la ayuda de quince hoplitas *(Heródoto,* III, 120).

Durante la tiranía de Polícrates, Samos alcanzó su máximo esplendor. Según cuenta Heródoto (III, 39), el tirano tenía una flota de cien naves y contaba con mil arqueros: «En muy poco tiempo los asuntos de Polícrates crecieron mucho y se comentaba esto con admiración así en Jonia como en el resto de Grecia, observando que no emprendía expedición alguna en la que no le acompañase la misma fortuna. Tenía, en efecto, una flota de cien pentecoteros y un cuerpo de mil arqueros a su servicio. Atropellábalo todo sin distinción. Refería que sus amigos le agredecían más lo restituido que lo nunca robado. Se apoderó de muchas islas vecinas y de muchas ciudades del continente. Había ganado, entre otras, una batalla naval a los lesbios, que habían salido con tropas en auxilio de Mileto, y los había hecho prisioneros. Cargados de cade-



El Heraión de Samos
(Según Buschor)

nas, les obligó a abrir el foso que rodea la muralla de Samos». Tucídides, por su parte, también reconoce el dominio sobre el mar de Polícrates.

Además, llevó a cabo construcciones magníficas en su ciudad, que despertaron la admiración de los antiguos. En fin, el lujo y la magnificiencia de su corte fueron sólo comparables, en palabras de Heródoto, al de los tiranos de Siracusa. Ahora bien, si todo esto fue posible, ello no se debió sólo a los recursos naturales de la isla y a las actividades comerciales, sino también, como apunta A. Andrewes, a la ayuda que recibía del mundo griego en general, para que sirviera de muro de contención contra la amenaza persa. Precisamente, una de las aportaciones de las tiranías de Samos ha consistido en el dinamismo e intensidad que imprimieron a la política exterior. Conquistas de islas y ciudades, guerra con Mileto, creciente enemistad con los corintios y espartanos, se compaginaban con la suscripción de un pacto de amistad con Amisis de Egipto, la posterior ruptura de éste y el envío de tropas mercenarias a los persas, que eran, en realidad, el verdadero peligro de los griegos.

Esta política exterior oscurece —al margen de sus inclinaciones al mecenazgo y a las construcciones suntuosas— el tipo de medidas que pudo tomar este tirano a favor del pueblo o en contra de los aristócratas.

Dentro de lo impreciso en que se encuentra su política interna, algunos autores modernos prestan atención, como factor de alteración social, al problema latente del proletariado de pescadores, *mythiétai* (Anacreonte, *fragm.* 21) y que S. Mazzarino supone que constituyen el contingente de ayuda que envío a los persas y que lo formarían, como Heródoto (III, 44) indica «aquellos ciudadanos que sospechaba que podían rebelarse». Si nos atenemos a esta hipótesis, no parece que las medidas internas de Polícrates hayan sido decididamente favorecedoras del pueblo. Además, si prestamos atención a un pasaje en el que Heródoto se refiere al proyecto democrático de Meandro, un samio que asumió el poder en la isla durante un breve tiempo a raíz de la trágica muerte de Polícrates, se constata que la aristocracia local no sólo no había sido profundamente debilitada, sino que tenía la aspiración de recuperar el poder. Pero fue Silosón, hermano del tirano Polícrates, quien, partiendo de Egipto, donde estaba refugiado, y contando con la ayuda militar persa, logró apoderarse de la ciudad de Samos.

IV. Las tiranías en la región del Istmo y en el Peloponeso

1. Tiranía en Mégara

En el Istmo de Corinto, Mégara ocupaba una estrecha y fértil llanura con dos puertos, Pagas y Nisea, que daban al golfo corintio y al sarónico, respectivamente. La ciudad tuvo una activísima participación colonizadora. La presión demográfica y la necesidad de ocupar nuevas tierras no explican por sí solas la gran implantación colonial que Mégara realizó. En ella debió haber también una motivación de desarrollo comercial, hábilmente canalizado a través de sus puertos. A esta época se atribuye, además, la extensión de la industria derivada de la lana.

La ciudad desarrolló, pues, un sector comercial y artesanal, que, ofreciendo trabajo a una parte de la población, a otra le proporcionaba pingües ganancias. Entre los que obtenían esos beneficios se encontraban los aristócratas. No sólo debieron controlar el sector comercial, sino que estaban en situación de hacerlo también sobre la materia prima, la lana, de la industria textil. Y este predominio económico se traducía en el control político que ejercían sobre la ciudad.

Es significativo que, cuando Teágenes se apodera del poder tiránico, lo hace con una actuación limitada en sí, pero que afecta a los intereses de esos aristócratas, como señala Aristóteles *(Política,* 1305a): «los dirigentes del pueblo, cuando eran belicosos, aspiraban a la tiranía, y lo hacían después de obtener la confianza del pueblo, garantizada por el odio que tenían a los ricos; así... Teágenes en Mégara, degollando los ganados de los ricos que encontró paciendo junto al río».

Fuera de este acto de ensañamiento, y que a lo sumo pudo proporcionar comida al pueblo por poco tiempo, si esa fuese la utilidad subsidiaria de dicho acto, resulta difícil conocer de qué manera el tirano Teágenes pudo dar satisfacción a las esperanzas del pueblo. Tenemos información respecto a la construcción de un acueducto, que, además de estar en consonancia con la frecuente inclinación de los tiranos hacia las innovaciones técnicas, proporcionaría trabajo a los artesanos. Pero nada más. Las disponibilidades de la tiranía para hacer de Mégara una gran potencia estaban contrarrestadas por la competencia comercial y por la rivalidad de dos poderosos vecinos. Las ventajas estratégicas de los puertos corintios desplazaban lentamente a los de Mégara del control del tráfico marítimo por el Istmo.

Con Atenas la competencia se

veía agravada por la disputa entre ellas por la posesión de la isla de Salamina. Los atenienses ocuparon esta isla y el puerto megárico de Nisea. Pero, cuando en el 632 a. J. C. el ateniense Cilón, con sus partidarios y la ayuda de tropas de Mégara (Tucídides, I, 126), intentó establecer la tiranía en Atenas, el conflicto fue aprovechado por su suegro el tirano Teágenes de Mégara para apoderarse de Salamina y recuperar el puerto de Nisea. El éxito fue efímero, y los atenienses recuperaron Salamina. Este revés aceleró la caída de la tiranía, que fue reemplazada, tras confusos conflictos, por una oligarquía moderada.

2. Tiranía en Argos

Argos parece haber sido al comienzo del primer milenio a. J. C. la ciudad más poderosa del Peloponeso. En las invasiones dorias, según la tradición, Argos correspondió a Témeno, el más viejo de los Heraclidas. Durante la Epoca Arcaica mantuvo guerras con sus vecinos. En una de ellas vencieron a los espartanos. Esta preeminencia militar demostrada ante los espartanos ha llevado a sospechar que fueran los argivos los que utilizaron por vez primera el sistema militar hoplita. Hay que recordar que un viejo oráculo indicaba que los argivos sucederían a los eubeos como guerreros más importantes de Grecia, y merece la pena recordar una vez más los hallazgos de armamentos hoplíticos en esa zona.

La nueva táctica, el nuevo armamento y la nueva organización militar parece requerir un gobierno fuerte y poderoso; en definitiva, una unidad de mando. En este sentido, Aristóteles informa *(Política,* 1310b) que Fidón transformó la monarquía argiva tradicional que ocupaba en un régimen tiránico. Es posible que fuera el primer ejemplo de gobierno de este tipo en toda Grecia, si bien la cronología respecto de este tirano no puede precisarse con exactitud y plantea problemas.

Hay algunos autores modernos que valoran sustancialmente este trasfondo militar y hacen de Fidón, aunque las fuentes no lo señalen, el vencedor de la batalla de Hisias contra los espartanos, y, como ésta tuvo lugar en el 669-8 a. J. C., sitúan al tirano en la primera mitad del siglo VII a. J. C., suponiendo que fue él quien organizó el nuevo ejército de hoplitas, cuya victoria habría colocado a Argos a la cabeza del Peoloponeso, debilitando, al mismo tiempo, la importancia de su aristocracia tradicional. Si aceptamos la observación de Aristóteles de que Fidón fue un rey que rebasó sus poderes hereditarios y se convirtió en tirano, y la relacionamos con la de Eforo de que los reyes estaban reducidos en Argos a meros figurones, el cuadro se nos completa: Fidón, apoyándose en los hoplitas y en el prestigio adquirido gracias a ellos, arrebató el poder a la aristocracia —que era la que en realidad lo detentaba—, convirtiendo la monarquía en una tiranía, es decir, asumiendo un poder absoluto.

Pero las fuentes antiguas atribuyen también a Fidón el haber introducido en el Peloponeso el sistema de pesos y medidas y el haber acuñado el primero moneda de plata, tras haber consagrado en el Heraión los *óbeloi* («barras de asar») de hierro, que habían servido hasta entonces para realizar las transacciones. Por otro lado, Heródoto (VI, 127) menciona a un hijo de Fidón entre los pretendientes de la hija del tirano de Sición, Clístenes, lo cual coloca la cronología de Fidón a comienzos del siglo VI a. J. C.: «Del Peloponeso llegó Leocedes, hijo de Fidón, tirano de los argivos, quien descendía de aquel Fidón que estableció las medidas para los peloponesios, y fue el más inso-

lente de todos los griegos...». Como vemos, Heródoto solamente asocia a Fidón con la introducción de las medidas. Es Estrabón, citando a Éforo (siglo IV a. J. C.), quien incluye, además, pesos y monedas.

La historia de Fidón y las monedas parece haber sido inventada entre la mitad del siglo V a. J. C. y la mitad del siglo IV a. J. C. Es altamente improbable que las monedas de Egina, que una tradición difícil de creer relaciona con Fidón, hayan podido ser acuñadas con anterioridad al 600 a. J. C. Fidón nada ha tenido que ver con la acuñación de moneda de plata.

La reforma de las medidas que le atribuye Heródoto es posible que simplemente haya consistido en una racionalización de los pesos y medidas de alcance para sólo el Peloponeso, que bien hubiera podido tener lugar durante su gobierno en el primer tercio del siglo VII a. J. C. Pero hay investigadores que también prestan atención al significado de las palabras *pheidos* y *pheidon*, «económico, ahorrativo» y nombre de un recipiente de aceite más pequeño que lo usual, con lo cual no descartan la posibilidad de que nos estemos topando con una seudohistoria basada en la semejanza de las palabras.

Ahora bien, esta cronología baja y los datos que la establecen, que tienen, como hemos indicado, menos visos de verosimilitud, apuntan a unas motivaciones económicas como origen de la tiranía —favorecimiento de los comerciantes con las reformas de pesos y medidas—, más que al factor militar de los hoplitas —que sería más probable— y que correspondería a la cronología alta.

3. Tiranía en Corinto

Corinto era una ciudad del Istmo que controlaba las rutas comerciales oeste-este y las comunicaciones entre el norte de Grecia y el Peloponeso. Objetos micénicos de pequeña entidad se han encontrado en los alrededores, pero fue durante la «Edad Oscura» cuando recibió la mayor aportación de gentes griegas. A partir de la segunda mitad del siglo VIII a. J. C., la cantidad de objetos encontrados en Corinto de procedencia oriental testimonian intensas relaciones comerciales que convertirían a los puertos de Corinto en los más importantes de Grecia.

La ciudad participó y se benefició de la colonización, no sólo porque fundó colonias, algunas tan importantes como Corcira y Siracusa (ambas, se piensa en el 733 a. J. C.), sino porque organizó con sus naves el transporte de las gentes que se embarcaban en sus puertos. Consolidados estos establecimientos coloniales, las relaciones comerciales se realizaban por mediación de Corinto y de sus medios de transporte. No hay que olvidar que Corinto tenía el liderazgo en la construcción naval. En el 703 a. J. C. Aminocles de Corinto construyó naves para la ciudad de Samos y en el 664 a. J. C. hubo una batalla naval entre Corinto y su colonia Corcira. Era normal que esta ciudad se convirtiese en uno de los centros artesanales y comerciales importantes de Grecia y que sus productos se encuentren tanto en Oriente como en Occidente.

La tesis tradicional, basada en la información de Estrabón (VIII, 338), presenta al *genos* de los Baquíadas como promotores y artífices del desarrollo comercial de Corinto, suponiendo que su riqueza y poder dependería de su actividad comercial «ricos, muy numerosos y de noble cuna, explotaron el comercio portuario sin límites». Sin embargo, E. Will (1955) ha puesto de manifiesto de modo bas-

tante convincente que esta familia pertenecía a una aristocracia como la de otras ciudades, que poseía gran cantidad de tierra, aunque, además, obtenía unos enormes beneficios a manera de impuestos sobre operaciones comerciales que tenían lugar en el Istmo. Por otro lado, el interés de los Baquíadas en la fundación de colonias no habría estado determinado sólo por el deseo de fomentar la exportación de la cerámica corintia sino primordialmente por el de solucionar la crisis de los pequeños campesinos y librar a la ciudad de elementos perturbadores, por más que, indirectamente, estas funciones redundaran en beneficio de las clases comerciantes y artesanas.

De todas formas, no sabemos a ciencia cierta en qué medida controlaban los Baquíadas el comercio de Corinto y cuáles eran los beneficios reales que obtenían de él y, en este sentido, tampoco podemos asegurar hasta qué punto determinó su caída el descontento de la clase comerciante. Tampoco está clara la naturaleza concreta del poder que ejercía esta familia sobre la ciudad, aunque parece claro que el *pritane* corintio, elegido entre los Baquíadas, era el equivalente del arconte ateniense.

Heródoto (V, 92), fuente principal sobre el establecimiento de la tiranía en Corinto por obra de Cípselo, no nos dice, sin embargo, gran cosa. Para Heródoto, el *genos* de los Baquíadas era exclusivista y no permitía el matrimonio fuera de su *genos*. Labda, una joven baquíada coja, no encontrando marido dentro del *genos*, se casó con Eetión, que ni siquiera era de origen dorio. Heródoto nos dice que los Baquíadas ejercían un gobierno oligárquico, y que su caída fue cumplimiento de un oráculo délfico, que rezaba: «Eetión, nadie te honra aunque estás lleno de honor. Labda está preñada y dará a luz una piedra de molino, que caerá sobre los poderosos *(mónarchoi)* y hará justicia en Corinto». Es posible que Delfos manifestase su favor por Cípselo, pero el relato de Heródoto, con ingredientes tales como predicción del nacimiento de un niño predestinado al mando, temor de los gobernantes, orden de matarlo y ocultamiento, se asemeja mucho a esas leyendas ampliamente difundidas en el Próximo Oriente y en otros lugares, cuyo papel consiste en explicar la llegada al poder de un nuevo gobernante al que de esta manera peculiar se le busca una vinculación y asociación con el antiguo poder.

Pero, al margen de esto, hay que tener presente que la primera mitad del siglo VII a. J. C. trajo una serie de fracasos a Corinto: la derrota frente a su colonia Corcira, el refuerzo del poder de Argos en el Peloponeso y del de Mégara en la zona del Istmo. Tal vez estos fracasos determinaron la caída, quizá en torno al 657 a. J. C., de los Baquíadas, temerosos los corintios de ver hundirse definitivamente a la ciudad bajo su égida. Nicolás de Damasco, de la época de Augusto, pero que se inspira en el historiador del siglo IV a. J. C. Eforo, ofrece un segundo relato. Dice que Cípselo era de madre Baquíada, que llegó a ser polemarco en Corinto y que, siendo polemarco, llegó a conciliarse los favores populares, gracias a lo cual pudo, en el momento oportuno, fomentar una conjuración contra el rey Baquíada Patroclides, y hacerse proclamar rey por el pueblo. Esta fuente dice también que, según las leyes corintias, el polemarco ponía en prisión a los que habían sido condenados por un tribunal hasta que pagaban la multa, de la que él mismo percibía una parte, pero que Cípselo no hizo ni lo uno ni lo otro sino que dejó a todos en libertad, aceptando garantías o saliendo él mismo como fiador. Este relato se ha debido elaborar en el siglo IV a. J. C. y con analogías de contenido con las magistraturas de ese siglo; resulta extraño que en una



Plano general de Corinto
(Según G. Roux)

época como la Arcaica exista una magistratura, la de *polemarchos*, con contenido civil y no militar. Aristóteles, por su parte, recoge en su *Política* otra definición de Eforo, en el sentido de que Cípselo gobernó sin necesidad de guardia personal.

A la luz de todos estos testimonios se han propuesto tres interpretaciones distintas de la toma del poder por parte del tirano corintio: 1. Según Cl. Mossé, Cípselo, Corintio y Baquíada por parte de madre, habría obtenido una de las magistraturas que esta familia se reservaba para sí y, en esa posición, que le confería el mando sobre las tropas, habría dado el golpe, apoyándose en el *demos* de hoplitas, razón por la cual en adelante ya no necesitaría ninguna guardia personal. 2. Según E. Will, la magistratura de Cípselo habría tenido un carácter judicial a la vez que militar y, desde ella, habría favorecido el futuro tirano a los campesinos pobres, a los artesanos modestos y a los comerciantes eventualmente arruinados, todos los cuales podrían haberse convertido en deudores públicos y haber proporcionado después a Cípselo el apoyo necesario. Cl. Mossé opina que esta tesis no contradice la suya, ya que estos tres sectores de la población podían pertenecer muy bien al cuerpo de hoplitas. 3. Para Drews, en cambio, Cípselo no sólo no era Baquíada, sino que ni siquiera había nacido en Corinto: se trataba de un caudillo extranjero, cuyos méritos en otros lugares movieron a los Baquíadas a contratarlo como capitán de sus tropas —ésta sería la verdadera condición del polemarco corintio—, con lo cual tuvo ocasión para, llegado el momento oportuno, utilizar esas tropas, y quizá también otras, para sus propios fines. Una vez conseguido el poder, el propio Cípselo habría hecho

correr la leyenda del oráculo y de su origen Baquíada, justificando su anterior ausencia de Corinto por el hecho de que los Baquíadas, temerosos del oráculo, habían intentado matarlo cuando era niño y su madre había tenido que enviarlo fuera, que es la historia referida por Heródoto. Para Drews, la matanza total de los Baquíadas, llevada a cabo por Cípselo, y el reparto de las propiedades de éstos entre los elementos más desposeídos de la ciudad —o entre los que llevaban las armas— fue razón suficiente para que el tirano no tuviera nada que temer y prescindiera de una guardia personal.

Sea como fuere, Cípselo no modificó sustancialmente el régimen político de Corinto ni asoció al *demos* el poder, sino que adoptó el mismo título de rey que habían llevado los Baquíadas, aunque, al igual que Fidón en Argos, transformó una realeza nominal en un poder real y autoritario, que se ejerció a expensas de la aristocracia. Pero sobre los detalles concretos de su gobierno hay poca información y mucha controversia, especialmente sobre dos aspectos: 1. *Distribución de tierras*. No sabemos si se llevó a cabo en realidad, ya que las fuentes no lo señalan expresamente, lo que resulta en verdad extraño. Sólo se dice que confiscó las propiedades de los Baquíadas y sus aliados en beneficio del estado, lo cual no implica, desde luego, una redistribución general. 2. *Impuestos (eisphorá)*. Según se dice en el *Económico* (1346 a) de Aristóteles, Cípselo había prometido consagrar a Zeus, si se convertía en tirano, los bienes de los corintios, y, para cumplir este voto «tomó de cada uno cada año, durante diez, la décima parte de lo que tenía, ordenándole trabajar con el resto, de tal manera que Zeus obtuvo lo que se le había prometido, mientras que los corintios adquirían otros bienes». No sabemos en absoluto lo que hizo Cípselo con este botín. ¿Era depositado en algún templo del dios? ¿Se trataba en realidad de un impuesto camuflado, que se destinaba a otros fines? ¿A qué fines? No lo sabemos.

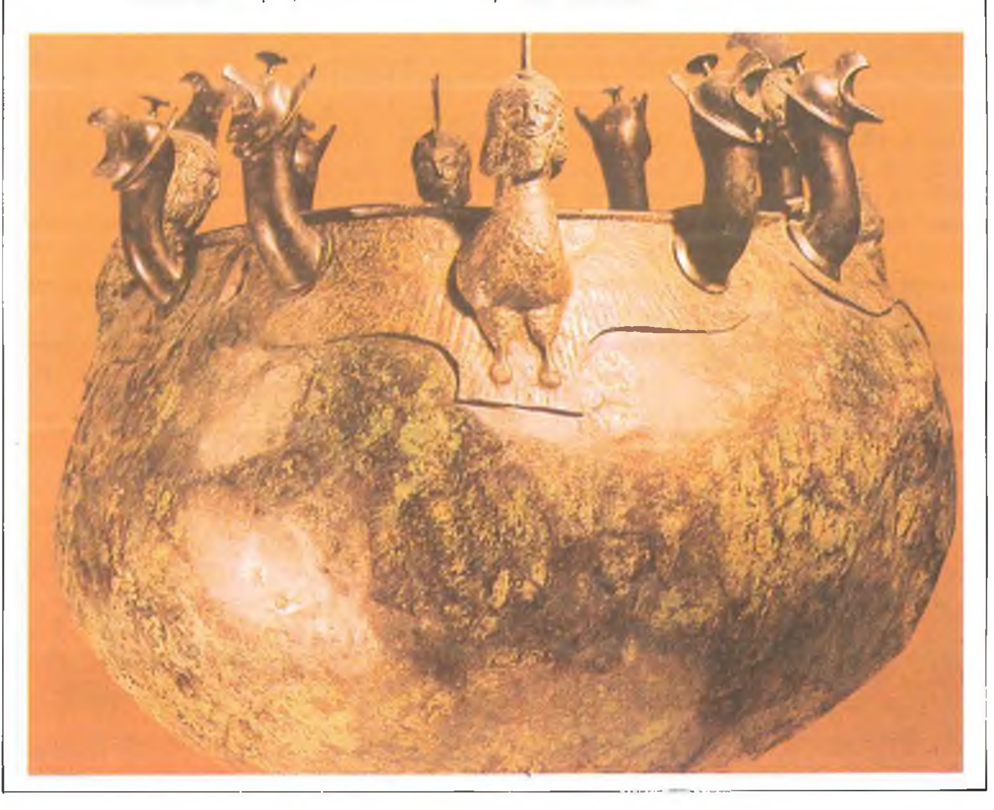
Las fuentes antiguas atribuyen a Cípselo la fundación de tres colonias —Léucade, Anactorio y Ambracia—, cuyos fundadores habrían sido sus tres hijos naturales. La finalidad principal de estas fundaciones en el Adriático debió ser, como apunta Andrewes, el abrir el comercio con el interior. El emplazamiento de estas colonias se ha puesto en relación con la relativa proximidad de los yacimientos argentíferos de Iliria, y, como se pensaba que Cípselo podría haber sido quien introdujese la moneda en Corinto, la necesidad de disponer de ese metal justificaba también la localización de esas colonias. Desde el punto de vista numismático, no hay pruebas evidentes de una acuñación de moneda corintia en una fecha tan temprana que coincida con época de Cípselo. El comienzo de la aparición de la moneda en Corinto no parece que sea anterior al 575 a. J. C.; por tanto, tiene poco que ver con Cípselo.

A la muerte de Cípselo, heredó el poder el único hijo legítimo, Periandro, a quien las tradiciones antiguas describen con rasgos a primera vista contradictorios: por una parte, es incluido en la lista de los Siete Sabios, al lado de su contemporáneo Solón; por otra parte, aparece como el prototipo del tirano cruel y despótico. Se dice de él que constituyó una guardia personal de trescientos lanceros; que obligó a las mujeres de Corinto a despojarse de sus joyas y de sus ricos vestidos; que prohibió la adquisición de esclavos; que suprimió a las personalidades más sobresalientes; que prohibió vivir en la ciudad, reunirse en asambleas e, icnluso, estar sentado en el ágora; que emprendió toda suerte de construcciones y trabajos; que, en política exterior, fue belicoso

y agresivo. Ahora bien, todos estos datos son susceptibles de interpretaciones diversas. Es posible, como hemos apuntado antes, que el propio Cípselo no hubiera eliminado a la aristocracia en su totalidad y que, en definitiva, su revolución, cualquiera que fuese, hubiera permitido la consolidación de una clase fuerte, aristocrática o no, deseosa de conspirar contra el tirano, en cuyo caso es comprensible lo de la guardia personal y lo de la eliminación de los sobresalientes. Por otro lado, las medidas suntuarias, tendentes a eliminar el lujo, así como la prohibición de adquirir esclavos, que obligaba a los ciudadanos a trabajar por sí mismos, fueron, probablemente, las que colocaron a Periandro en el número de los Sabios, pero, en cambio, son interpretadas por Aristóteles y por Nicolás de Damasco como vejatorias y tendentes a impedir que los ciudadanos tuvieran tiempo de ocuparse de la política. En cuanto a las obras de embellecimiento de la ciudad y su afán de alcanzar un prestigio en el concierto internacional, eran objetivo de todos los tiranos.

Periandro dejó el puesto a su sobrino Psamético, quien a los tres años de reinado fue derrocado y muerto por una sublevación. Los corintios destruyeron las casas de los Cipsélidas, confiscaron sus bienes, profanaron sus tumbas y aventaron sus huesos.

Sin embargo, a pesar del odio que suscitó la tiranía, lo cierto es que la época de mayor esplendor de Corinto se incluye en la misma, aunque también es verdad que dentro de ella empieza asimismo la decadencia de la ciudad, decadencia que apenas pudo detener la oligarquía que sucedió a los tiranos.



Vaso de bronce
hallado en Salamina de Chipre
(Siglo VII a.C.)
Museo de Chipre, Nicosia

4. Tiranía en Sición

Sobre la ascensión al poder de Ortágoras, el primero de los tiranos de Sición, tenemos unos datos muy dudosos. Como en el caso de Cípselo, se elabora *a posteriori* un oráculo délfico que habría anunciado a los nobles sicionios el advenimiento de la tiranía y, además, se presenta a Ortágoras como el hijo de un cocinero. El caso es que llegó a convertirse en polemarco de su ciudad, lo cual parece que fue el trampolín que, de un modo o de otro, le permitió proclamarse tirano en el 650 a. J. C.

La opinión de Aristóteles sobre estos tiranos es muy favorable. Dice que trataban a sus súbditos con moderación, que se plegaban a las leyes y que se ganaron el favor del pueblo, porque sabían cuidar de él. Pero, en realidad, no sabemos qué se quiere decir con todo esto: ni cuál era la situación del *demos* y sus aspiraciones en el momento de aparecer la tiranía, ni cuáles fueron las medidas de Ortágoras contra los aristócratas, ni en qué consistió su respeto hacia las leyes. De todas formas, la revolución llevada a cabo por Ortágoras no debió ser muy grande, ya que el mismo Aristóteles presenta a Clístenes como un segundo revolucionario.

Clístenes, el abuelo del fundador de la democracia ateniense, accedió al poder después de haber asesinado a uno de sus hermanos y destronado a otro.

Según refiere Heródoto, que dedica al tirano sicionio dos largos pasajes de su obra, Clístenes declaró desde el principio su odio implacable hacia Argos, la ciudad que había dominado a Sición en otro tiempo y que, quizá, tenía de nuevo pretensiones hegemónicas sobre todo el Peloponeso, Y su odio se manifestó, principalmente, con tres medidas: a) Prohibió que se recitaran las obras de Homero, ya que en ellas se celebraba frecuentemente a los héroes argivos; b) Expulsó al héroe Adrasto (el argivo que se había convertido en rey de Sición) y, en cambio, hizo conducir de Tebas a Sición los huesos del héroe Melampo (el enemigo de Adrasto en la tradición), adjudicando al segundo la mayor parte de los sacrificios destinados al primero, mientras que los coros trágicos que cantaban ritualmente «los sufrimientos de Adrasto» fueron consagrados al culto de Dioniso, introducido por el propio Clístenes. c) Para evitar que las tribus de su ciudad siguieran llevando los mismos nombres que las de Argos, cambió los de las dorias (*Hylleis, Pamphyloi* y *Dymanes*) por *Hyátai, Oneátai* y *Choireátai,* derivados de las palabras «cerdo» y «asno», mientras que a la suya, que era la no-doria, le daba el nombre de *Archélaoi* («jefes del pueblo»). Andrewes ha sugerido que estas medidas, más que antiargivas, eran en realidad antidorias, ya que en el caso de un odio dirigido exclusivamente contra Argos, Clístenes debería haber tratado de unir a los dorios de Sición a su causa, en lugar de humillarlos tan ignominiosamente. De este modo, para Andrewes, el objetivo principal de Clístenes fue el de afirmar la superioridad de los no dorios sobre los dorios, y el apoyo del tirano para hacerse con el poder habría estado precisamente en esa población no doria, dominada durante cuatro siglos por los conquistadores dorios. E. Will, sin embargo, se niega a admitir que después de cuatro siglos se mantuviera la ecuación «ricos propietarios = aristocracia doria» y «campesinos sometidos = elemento pre-dorio» y, además, hace notar que si Heródoto establece un paralelo entre el Clístenes ateniense y su abuelo el sicionio en lo que respecta a la legislación de uno y otro sobre las tribus de sus ciudades, sólo tiene sentido semejante proceder si suponemos que la reforma del sicionio era una medida contra la aristocracia y no una política de tipo racial, por cuanto

que en la reforma del ateniense no parece que haya habido motivaciones de esta naturaleza. Luego no se puede presentar el factor racial como determinante del éxito de la tiranía de Clístenes. Ahora bien, la discusión de E. Will —que Cl. Mossé recoge radicalizando aún más la tesis del primero— nos parece un tanto incorrecta, ya que, si la revolución de Clístenes fue una acción contra la aristocracia sicionia, del hecho de que las medidas adoptadas por él fueran dirigidas contra los dorios y encaminadas al mismo tiempo a imponer la supremacía de la tribu no-doria no hay más remedio que concluir que la aristocracia sicionia estaba integrada solamente por dorios, lo cual invalidaría, por cierto, el primero de los argumentos. Por consiguiente, parece correcto decir, cuando menos, que en Sición la oposición entre la aristocracia y parte de la población estaba planteada en términos raciales. Y, si la idea de E. Will de que había elementos pre-dorios dentro de la clase elevada fuera correcta —lo cual es muy difícil de probar en una ciudad de la que se sabe muy poco—, entonces habría que concluir que la revolución de Clístenes no fue anti-aristocrática sino antidoria.

En política exterior, Clístenes siguió la tónica general de los tiranos griegos, tratando de elevar el prestigio de su ciudad dentro del ámbito helénico. Aliado con tesalios y atenienses, dirigió contra Delfos la Primera Guerra Sagrada, donde obtuvo la victoria y un tercio del botín, consiguiendo además, que en lo sucesivo la actitud de Delfos fuera favorable a su persona. Por otro lado, el relato que hace Heródoto del casamiento de la hija del tirano, donde se cuenta que acudieron pretendientes de doce ciudades de la Grecia continental y occidental, pone de manifiesto el prestigio alcanzado por él.

Siguiendo también el ejemplo de otros tiranos, Clístenes embelleció su ciudad con ricas construcciones, estimulando así el perfeccionamiento del arte sicionio, que alcanzó durante esta época su máximo esplendor.

No se sabe nada de la tiranía de Sición en los últimos años de la vida de Clístenes ni con respecto a los que duró después de la muerte de éste: sólo se dice que fue suprimida en la década del 550 a. J. C. por los espartanos, siendo sustituida por una oligarquía.

Terraza de los Leones de Delos
(Siglo VII a.C.)



Bibliografía

1. Fuentes

Homero: *Iliad* (ed. D. B. Monro y T. W. Allen). Oxford, 1920. *Odyssey* (ed. T. W. Allen). Oxford, 1917-19.

Hesíodo: *Works and Days* (ed. M. L. West). Oxford, 1978.

Lírica: *Líricos griegos* (text. y trad. F. R. Adrados. Vol. I-II). Barcelona, 1957-59.

Heródoto: *Histoires* (ed. y trad. Ph.-E. Legrand). París, 1932-54.

Tucídides: *Histoire de la guerre du Péloponnèse* (ed. y trad. Varios). *Historia de la guerra del Peloponeso* (trad. F. R. Adrados). Madrid, 1952-55.

Aristóteles: *Política* (ed. y trad. J. Marías-M. Araujo). Madrid, 1970.

2. Obras generales

M. I. Finley: *The Ancient Greek.* Londres, 1963.

M. Austin y P. Vidal-Naquet: *Economies et societés en Gréce Ancienne.* París. 1972

V. Ehrenberg: *L'état grec.* París, 1976.

L. H. Jeffrey: *Archaic Greece. The City-States c. 700-500 B. C.* Londres, 1976.

R. J. Hopper: *The Early Greeks.* Londres, 1976.

O. Murray: *Grecia Arcaica.* Madrid, 1981.

3. La polis griega

V. Ehrenberg: «When did the polis rise?». *Journal of Hellenic Studies,* 57, pp. 147-159, 1937.

«An Early Source of Polis-constitution». *Classical Quarterley,* 37, pp. 14-18, 1943.

E. Kirsten: *Die griechische Polis als historisch-geographisches Problem des Mittelmeerraumes.* Bonn, 1956.

R. Martin: *L'Urbanisme dans la Grèce ancienne.* París, 1956.

C. G. Thomas: «Homer and the Polis». *Parola del Pasato,* 106, pp. 5 y ss., 1966.

A. Guiliano: *Urbanistica delle cittá greche.* Milán, 1966.

W. Hoffmann: «Die polis bei Homer», en *Zur griechischen Staatskunde,* pp. 123-138. Darmstadt, 1969.

A. J. Toynbee: *Some Problems of Greek History.* Oxford, 1964.

4. Asentamientos y expansión griega

F. Cassolsa: *La Ionia nel mondo miceneo.* Nápoles, 1957.

A. M. Snodgrass: *The Dark Age of Greece.* Edinburgo, 1971.

V. R. D'A. Desborough: *The Greek Dark Ages.* Londres, 1972.

J. N. Coldstream: *Greek Geometric Pottery.* Londres, 1968.

J. M. Cook: *The Greeks in Ionia and the East.* Londres, 1962.

M. B. Sakellariou: *La migration grecque en Ionie.* Atenas, 1958.

S. Mazzarino: *Fra Oriente e Occidente.* Florencia, 1952.

C. Roebuck: *Ionian trade and Colonization.* Nueva York, 1959.

G. L. Huxley: *The Early Ionians.* Londres, 1966.

M. M. Austin: *Greece and Egypt in the Archaic Age.* Cambridge, 1970.

5. Sociedad

M. Guarducci: «L'Istituzione della fratria nella Grecia antica e nelle colonie greche d'Italia». *Memor. Acc. Linc.,* 6, 1, 1937.

E. Will: *Doriens et Ionies.* París, 1956.

A. Andrewes: «Phratries in Homer». *Hermes,* 89, 1961.

Greek Society. Londres, 1971.

L. Gernet: *Anthropologie de la Grèce antique.* París, 1968.

M. Broadbent: *Studies in Greek Genealogy.* Leiden, 1968.

F. Solmsen: *Greek Peasants Ancient and Modern.* Manchester, 1970.

G. Daverio Rocchi: «Aristocrazia genetica ed organizzazione politica arcaica». *Parola del Pasato,* 28, pp. 92-116, 1973.

J. P. Vernant: *Mythe et société en Grèce ancienne.* París, 1974.

6. Alfabeto

G. R. Driver: *Semitic Writings,* 3.ª Oxford, 1961.

A. C. Moorhouse: *Historia del Alfabeto.* México, 1961.

L. H. Jeffrey: *The Local Scripts of Archaic Greece.* Oxford, 1961.

7. Armamento y hoplitas

A. M. Snodgrass: «L'introduzione degli opliti in Grecia e in Italia». *Rivista Storica Ital.,* 77, pp. 434 y ss., 1965.

Early Greek Armour and Weapons. Edimburgo, 1964.

«The hoplite reform and history». *Journal of Hellenic Studies,* 85, pp. 110-122, 1965.

M. Detienne: «La phalange: problémes et controverses», en *Problémes de la guerre en Grèce ancienne,* direc. J. P. Vernant, pp. 119-42. París, 1968.

P. A. L. Greenhalgh: *Early Greek Varfare.* Cambridge, 1973.

J. Salmon: «Political hoplites?» *Journal of Hellenic Studies,* 97, pp. 84-101, 1977.

A. Cartledge: «Hoplites and heroes: Sparta's contribution to technique of ancient Warfare». *Journal of Hellenic Studies,* 97, pp. 11-27, 1977.

8. Moneda

W. L. Brown: «Pheidon's Alleged Aeginetan Coinage». *Numismatic Chronicle,* pp. 177-204, 1950.

E. S. G. Robinson: «The coins from the Epheian Artemisium reconsidered». *Journal of Hellenic Studies,* 71, pp. 156-167, 1951.

«The Date of the Earliest Coins». *Numismatic Chronicle,* pp. 1-8, 1956.

R. M. Cook: «Speculations on the origins of coinage». *Historia,* 7, pp. 257-262, 1958.

Ed. Will: «De l'aspect éthique des origines grecques de la monnaie». *Revue Historique,* 212, pp. 209-231, 1954.

«Reflexions et hypothèses sur les origines de la monnaie». *Revue de Numismatique,* 17, pp. 5-23, 1955.

«Les sources des métaux monnayés dans le monde grec» y «Fonctions de la monnaie dans les cités grecques de l'époque classique», en *Numismatique antique. Problèmes et méthodes,* pp. 97-102 y 233-246. Nancy-Louvain, 1975.

C. M. Kraay: «Hoards, small change and

the origin of coinage». *Journal of Hellenic Studies,* 84, pp. 76-91, 1964.

C. M. Kraay y M. Hirmer: *Greek Coins.* Londres, 1966.

R. J. Hooper et alii: *Essays in Greek Coinage presented to Stanley Robinson.* Oxford, 1968.

P. Vidal-Naquet: «Fonction de la monnaie dans la Grèce archaique», *Annales,* 23, pp. 206-208, 1968.

C. M. Kraay: *Greek Coins and History.* Cambridge, 1969.

M. S. Balmuth: «Remarks on the Appearance of the Earliest Coins», en *Studies presented to G. M. A. Hanfman,* pp. 1-7, Mainz, 1971.

L. Breglia: «Il materale proveniente dalla base centrale dell'Artemision de Efeso e le monete di Lidia». *Annali Ist. It. Numismatica,* 18-19, pp. 9-24, 1971-72.

9. Crisis agraria

M. I. Finley: «Homer and Mycenae: property and tenure». *Historia,* 6, pp. 135-159, 1957.

«La servitude pour dettes». *Revue Historique de Droit Français et Etranger,* 43, pp. 159-184, 1965.

«The alienability of land in ancient Greece», en *Uso y Abuso de la Historia.* Barcelona, 1977.

Ed. Will: «Aux origines du régimen foncier grec: Homère, Hésiode, et l'arrière-plan mycénien». *Revue d'Etudes Anciennes,* 59, pp. 5-50, 1957.

«Hésiode: crise agraire? ou recul de l'aristocratie?» *Revue des Etudes Grecques,* 78, pp. 542-556, 1965.

A. M. Babacos: *Actes d'aliénation en comun et autres phénomènes apparentés d'après le droit de le Thessalie antique.* Thesalónica, 1966.

D. Asheri: *Leggi greche sul problema dei debiti.* Pisa, 1969.

Distribuzioni di terre nell'antica Grecia. Turín, 1966.

Ch. G. Starr: *The Economic and social Growth of Early Greece.* Oxford, 1977.

10. Tiranía

P. N. Ure: *The Origin of Tyrannis.* Cambridge, 1921.

M. P. Nilsson: *The Age of the Early Greek Tyrants.* Belfast, 1936.

M. White: «The Duration of Samian Tyranny». *Journal of Hellenic Studies,* 74, pp. 36 y ss., 1954.

E. Will: *Korinthiaka.* París, 1955.

A. Andrewes: *The Greek Tyrants.* Londres, 1956.

H. J. Diesner: *Grieschische Tyrannis und griechische Tyrannen.* Berlín, 1960.

H. Berve: *Die Tyrannis bei den Griechen* 1-2. Munich, 1967.

Cl. Mossé: *La tyrannie dans la Grèce antique.* París, 1969.

K. H. Waters: *Herodot on Tyrants and Despots.* Wiesbaden, 1971.

S. I. Oost: «Cypselus the Bacchiad». *Classical Philology,* 67, pp. 10 y ss., 1972.

E. M. Voigt: *Sapho et Alcaeus.* Amsterdam, 1971.

A. Sánchez de la Torre: «Valoración ético-social de la tiranía clásica», en *Derecho y soberanía popular. Anales de la Cátedra Francisco Suárez,* 16, pp. 93-109, 1976.

D. Lanza: *Il tiranno e il suo pubblico.* Turín, 1977.

R. Drews: «The first tyrans in Greece». *Historia,* 21, pp. 129-144, 1972.

J. P. Barron: «The sixth-Century Tyranny at Argos». *Classical Quartely,* 14, pp. 210-229, 1964.